

MÁS HISTORIAS DE
ANDERSEN

COLECCION ARALUCE

COLECCIÓN ARALUCE

LAS OBRAS MAESTRAS AL ALCANCE DE LOS NIÑOS

Declaradas por R. D. de utilidad
pública y para las B. Circulantes.

MAS HISTORIAS
DE
HANS ANDERSEN

VICARIATO CAPITULAR
DE LA
DIÓCESIS DE BARCELONA

Barcelona 21 de Octubre de 1914

NIHIL OSBTAT

EL CENSOR

Franc.º de P. Rivas y Served

PRESBITERO

Barcelona 21 Octubre 1914

IMPRÍMASE

El Vicario Capitular

JOSE PALMAROLA

Por mandato de Su Sría.,

Lic. Salvador Carreras, Pbro.

Scrío. Canc.

Por lo que a Nós toca, concedemos nuestro permiso para la publicación de las obras que bajo el título de «Colección de obras maestras al alcance de los niños» dará a luz la Casa Editorial Araluce, de esta ciudad, mediante que de nuestra orden ha sido examinada, y no contiene, según la censura, cosa alguna contraria al dogma Católico o a la sana moral. Hágase constar esta licencia al principio o al final del libro, en la forma anotada al margen, y entréguense dos ejemplares rubricados por el Censor, en la Curia de nuestro Vicariato.

El Vicario Capitular

JOSÉ PALMAROLA

Por mandato de Su Señoría

DR. P. VALLÉS, PBRO.

Pro-Scrío

23845

MAS HISTORIAS

DE

HANS ANDERSEN

251.20
TRADUCCIÓN Y ADAPTACIÓN

DE

MANUEL VALLVÉ

CON ILUSTRACIONES DE

HOMS



CASA EDITORIAL ARALUCE

CALLE DE LAS CORTES, 392 : BARCELONA

ES PROPIEDAD DEL EDITOR
CONFORME A LA LEY

ÍNDICE

	<u>Página</u>
Lo que contó la Luna.	7
Los chanclos de la fortuna.	27
Una pareja de enamorados.	65
El escarabajo.	71
El Patito feo.	83
Algo.	97
La bujía y la vela.	113

LISTA DE LAS ILUSTRACIONES

La vieja vió que no ponía ningún huevo. *Frontis*

	<u>Página</u>
Los trae un ángel desde el cielo...	18
...entonces el oso se levantó sobre sus patas...	23
...vió una lamparilla ante una imagen...	31
¿Cómo saldría de allí?	49
¡El trompo de los niños!	70
...se compadecieron de él y lo llevaron a la orilla...	80
...no ponía ningún huevo empezó a tratarlo mal...	91
...un ángel tomó de la mano a la pobre an- ciana...	109

MAS HISTORIAS DE ANDERSEN

LO QUE CONTÓ LA LUNA

(SELECCIÓN)

SOY un pobre muchacho y vivo en una de las más estrechas calles de la ciudad ; sin embargo, abunda la luz en mi habitación porque está situada en lo más alto de la casa y desde la ventana contemplo los tejados de las casas vecinas. Los primeros días de mi estancia en la ciudad me sentía solo y triste, porque en vez de los bosques y las colinas verdes que tenía costumbre de ver, estaba rodeado de un bosque de tubos de chimenea. Y no tenía amigos ni veía ningún rostro familiar para mí.

Una noche estaba sentado junto a la ventana, muy melancólico, y al abrirla miré afuera. ¡Qué alegre sorpresa me esperaba! Por fin allí había un rostro muy conocido para mí; era el de un buen amigo a quien conocí en casa. Era la querida y vieja Luna que tenía su cara usual y que yo ya conocía por haberla visto brillar a través de los álamos en el campo. Le mandé algunos besos mientras brillaba en mi ventana y ella me prometió que cada noche, cuando saliera, me miraría por espacio de algunos minutos. Ha cumplido fielmente su promesa y es una lástima que no pueda quedarse un poco más conmigo, porque, cuando nos vemos, me cuenta algo de lo que ha visto la noche anterior o en aquella misma noche.

—Pinta las escenas que te describo—me dijo—y pronto tendrás una bonita colección de pinturas.

Siguiendo su consejo hice lo que me indicaba y tengo ahora tan gran número de dibujos que podría componer otras «Mil y una noches»; pero eso sería demasiado. Las que van a continuación están dispuestas en el orden en que me fueron descritas. Algún gran pintor, poeta o

músico, podrá mejorar las descripciones si así lo quiere ; yo ofrezco algunos croquis imperfectos y algunas veces añado ideas mías. He de advertir que la Luna no me visitaba cada noche, porque algunas veces las nubes me ocultaban su paso.

PRIMERA NOCHE

—La noche pasada—me dijo la Luna—, yo me deslizaba por el cielo sin nubes de la India. Mi faz se reflejaba en las aguas del río Ganges, mientras trataba de penetrar a través de las frondosas ramas de los plátanos que formaban arcos como el caparazón de una tortuga. Una muchacha india, de paso tan ligero como una gacela y tan hermosa como Eva, salió de la espesura. Aunque se asemejaba a una aparición, sus contornos destacábanse claramente entre los objetos que la rodeaban. Pude leer en su rostro el por qué había ido allí. A pesar de que las espinas de los matorrales le rompían sus sandalias, avanzaba con mucha rapidez. Los gamos que habían ido al río para beber, se sobresaltaron, porque la muchacha llevaba en su

mano una lámpara encendida. Pude ver cómo corría su sangre a través de sus delicados dedos, cuando se protegía los ojos interponiendo entre ellos y la llama su mano derecha. Llegó al río, puso la lámpara sobre el agua y la abandonó a la corriente. La llama vaciló y estuvo a punto de extinguirse, mas, por último, continuó ardiendo mientras los brillantes y negros ojos de la niña, bajo las sedosas pestañas, la seguían con trémula ansiedad. Si la lámpara continuaba ardiendo, mientras ella pudiera verla, era seguro que su prometido vivía aún, pero, si se extinguía antes, ello sería prueba de que ya había muerto. La lámpara continuó ardiendo, y ella se arrodilló y rezó, sin fijarse en una moteada serpiente que a su lado estaba sobre la hierba. La niña tan sólo pensaba en Brama y en su novio.

—¡ Vive !—exclamó alegremente—¡ Vive !

Y el eco de las montañas recogió aquella palabra y se la devolvió, de modo que la niña oyó que le decía :

—¡ Vive !

SEGUNDA NOCHE

—La última noche—me dijo la Luna—yo brillaba sobre un pequeño patio rodeado de casas por todos sus lados. Había allí una gallina con once pollitos a los que daba calor y una niñita corría y jugaba en torno de ellos.

La gallina, asustada, cacareó y con las alas cubrió a sus pequeñuelos. Y entonces llegó el padre de la niña y la regañó por haber asustado a las aves. Yo continué mi camino y olvidé lo sucedido. Sin embargo, esta noche, hace pocos minutos, dió la casualidad de que mirase hacia el mismo patio. Todo estaba silencioso y tranquilo y vi que la niñita salía de la casa y sin hacer ruido se dirigía al gallinero; levantó el pestillo, abrió la puerta y luego entró donde estaban las gallinas y los pollitos. Todos se alborotaron, abandonando sus perchas y corriendo de una parte a otra, perseguidos por la niña. Yo miraba a través de un agujero de la pared del gallinero y lo vi todo. Me irrité contra la niña y sentí contento al ver que su padre salía y la regañaba mucho más que

el día anterior, cogiéndola por el brazo. Ella bajó sus ojos azules llenos de lágrimas.

—¿Qué hacías aquí?—le preguntó su padre.

—Vine a dar un beso a la gallina y a pedirle perdón por haberla asustado ayer—contestó la niña llorando amargamente—; pero no me atreví a decírtelo para que no me regañaras.

El padre dió un beso en la frente a la inocente niña y yo también la besé en los ojos y en la boca.

TERCERA NOCHE

—Ayer—me refirió la Luna—yo miraba a la alegre y ruidosa ciudad de París. Me asomé a uno de los muchos salones de las Tullerías. Una anciana, a juzgar por su pobre traje perteneciente a la clase obrera, era acompañada por un oficial de poca categoría, que la condujo al grande y solitario salón del trono, porque ella deseaba verlo a todo trance. Para cumplir su deseo había realizado varios sacrificios y pronunciado muchas palabras de súplica. Cruzó sus delgadas manos y su rostro expresaba

tanto respeto como si entrase en una iglesia.

—Aquí sucedió—dijo—, en este mismo sitio.

Y se acercó al trono, del que colgaba el rico terciopelo con franjas de oro. Entonces se arrodilló y besó la alfombra roja. Me parece que vi lágrimas en sus ojos.

—Pero no es el mismo terciopelo—dijo el oficial sonriendo.

—Puede ser, pero el lugar es el mismo, y, seguramente, tenía el mismo aspecto que ahora.

—Sí, era semejante, pero, había una gran diferencia—observó el hombre—. Las ventanas estaban rotas, las puertas arrancadas de sus goznes y el suelo cubierto de sangre.

—A pesar de cuanto digáis, mi nieto murió sobre el trono de Francia. Sí, murió—repitió la anciana con temblorosa voz.

—No oí que pronunciara otra palabra y muy pronto los dos personajes salieron del salón. Crecieron las sombras, la luz disminuyó en el cielo y mis rayos alumbraron el trono de Francia, tapizado de rico terciopelo.

—¿Quién crees que era esa pobre mujer? Escúchame, que voy a decírtelo.—Durante la

revolución de Julio, y en la noche de uno de los días más críticos, cuando toda casa era una fortaleza y toda ventana una aspillera, el pueblo se dirigió tumultuosamente hacia las Tullerías. Había, también, mujeres y niños en las turbas que se precipitaron furiosas en las salas y habitaciones del palacio. Entre los rebeldes había un pobre joven que llevaba la blusa destrozada. Herido de muerte por varios bayonetazos, se desplomó al suelo, en la sala del trono. Entonces los compañeros lo sentaron en el trono de Francia y le vendaron las heridas con el rico terciopelo rojo; su sangre corrió por encima de la púrpura real. Aquella escena fué muy curiosa. La multitud combatiente llenaba el magnífico salón. Una bandera hecha jirones estaba en el suelo mientras flotaba sobre las bayonetas el estandarte tricolor. El desgraciado joven yacía en el trono; su rostro estaba pálido, sus ojos miraban hacia el cielo y sus miembros se retorcían en la agonía. Desnudo estaba su pecho, pero su pobre y roto traje cubríalo en parte el rico terciopelo flordelisado. Habían profetizado a aquel muchacho, cuando estaba aún en la cuna, que moriría sobre el

trono de Francia y tal predicción hizo creer a su madre que llegaría ser un segundo Napoleón.

Mi luz ha besado las coronas de su tumba y la última noche besó también la frente de su abuela, mientras veía en su sueño el cuadro que puedes pintar ; el pobre muchacho moribundo sobre el trono de Francia.

CUARTA NOCHE

La noche era oscura ; negras nubes flotaban en el cielo y no se me apareció la Luna. Yo estaba en mi habitación mirando al cielo, hacia el lugar en que debiera de haber aparecido, y sintiéndome más solo y triste que nunca. Mis pensamientos iban más allá de las nubes, donde estaba mi buena amiga, que me contaba tan interesantes historias cada noche. ¡ Cuánta experiencia tiene la Luna !... Su luz alumbró las aguas del Diluvio. Sonrió sobre el arca de Noé, como ha sonreído sobre mí, siendo mensajera de la esperanza y de la promesa de un nuevo mundo que debía surgir del antiguo. Miró tristemente las silenciosas arpas

que colgaban de los árboles, cuando los hijos de Israel lloraban en Babilonia. La redonda Luna, medio oculta por oscuros cipreses, contemplaba cómo Romeo escalaba el balcón de Julieta. Vió al gigante cautivo en la isla de Santa Elena, cuando, desde su solitaria roca, miraba a través del mar y su alma estaba llena de grandes pensamientos. ¡Cuántas historias podría referir la Luna! Las vidas de los hombres no son para ella más que historias.

Esta noche no veré a mi antigua y buena amiga—dije para mis adentros.

Pero cuando miraba pensativo hacia el cielo, éste se iluminó de pronto y un rayo de la Luna que pasaba cayó sobre mí. Cerráronse inmediatamente las nubes pero yo ví con mucha alegría el saludo que me dirigió la Luna al pasar.

QUINTA NOCHE

—Cerca del sendero que atraviesa el bosque hay dos casitas de labor—dijo la Luna—. Las puertas son bajas, algunas de las ventanas están muy altas y otras cerca del suelo. Están

rodeadas de setos espinosos y los tejados de todas cubiertas de musgo.

Las únicas plantas que crecen en el jardín son coles y patatas, pero junto al seto hay un gran álamo, debajo del cual estaba sentada una niña que miraba el tronco de un gran roble que se veía entre las dos casas. Había sido aserrado en la parte superior y encima construyó su nido una cigüeña. En aquel momento estaba el ave en el nido abriendo y cerrando el pico. Un niño salió de una de las casas y fué a sentarse al lado de la niña. Eran hermanos.

—¿Qué haces ahí?—preguntó él.

—Estoy mirando la cigüeña—contestó la niña—. Nuestro vecino me dijo que nos traería hoy un hermanito o una hermanita. Quedémonos aquí y esperemos a que lo traiga.

—La cigüeña no trae ningún niño — dijo él—. También me lo dijo nuestro vecino, pero como se reía al decirlo, le pregunté si quería asegurármelo bajo palabra de honor. Por eso comprendí que el cuento de la cigüeña no es verdadero. Nos lo refieren a nosotros, que somos pequeños, en broma.

—Pues, entonces, ¿de dónde vienen los niños?—preguntó ella.

—Los trae un ángel desde el cielo, debajo de su capa, pero nadie es capaz de verlo y por esta razón no se puede saber cuando va a venir.

En aquel momento se agitaron las ramas del álamo y los niños, palmoteando de alegría, se miraron uno a otro.

—Sin duda es el ángel que viene con el niño—pensaron.

Entonces se abrió la puerta de una de las casas y apareció el vecino, diciendo:

—Entrad los dos y veréis que os ha traído la cigüeña. Es un hermanito.

Los niños se miraron uno a otro y entraron en la casa cogidos de la mano.

SEXTA NOCHE

Escuchad lo que la Luna me dijo hoy:

—Ví a un cadete que poníase su elegante uniforme por primera vez, desde que lo nombraron oficial. Vi, también, una novia que se ponía su traje de boda y a una joven princesa,



Los trae un ángel desde el cielo...

recien casada, que parecía muy feliz en su espléndido atavío, pero nunca he visto a nadie tan contento y satisfecho como la niña de cuatro años que estuve contemplando esta noche. Sus padres le habían comprado un traje nuevo azul y un sombrerito rojo. Se vistió todo eso y todos se apresuraron a encender velas porque mi luz no era suficiente. La niña se puso envarada y tiesa como una muñeca y con los brazos extendidos para no rozar con ellos el traje, y hasta tenía los dedos separados uno de otro. ¡Si hubieras visto qué contento se advertía en sus ojos y en su lindo rostro!

—Mañana—le dijo su madre,—te pondrás el traje nuevo y saldrás conmigo.

La niña miró entonces su traje y su sombrero y dió un grito de satisfacción.

—Mamita—exclamó—quisiera saber qué pensarán los perritos cuando me vean tan elegante.

SÉPTIMA NOCHE

--Vi una niña llorando—dijo la Luna—y lamentándose de la maldad del mundo. Le ha-

bían regalado una hermosa muñeca ¡ pero era tan delicada y frágil ! Sin duda alguna no fué hecha para sufrir las miserias y los malos tratos de este mundo. Los hermanos de la niña, que son muy traviesos, pusieron la muñeca en las ramas más altas de un árbol y la dejaron allí. Y como la niña no podía alcanzar a donde estaba, empezó a llorar. Evidentemente lloraba también la muñeca, porque tenía sus brazos entre las ramas y su cara estaba muy triste. La niña empezaba a sufrir alguna de las penas de este mundo de que, a veces, oía hablar a sus mayores. ¡ Pobre muñeca ! Estaba ya obscureciendo y ¿ qué sería de ella cuando la noche cerrase ? ¿ Había de quedarse allí sola hasta la mañana siguiente ? No. La niña no podía imaginarlo siquiera. « Me quedaré contigo » exclamó entre sollozos aunque no le gustaba nada la idea. Ya se figuraba ver claramente pequeños gnomos con sus caperuzas puntiagudas, sentados en los matorrales y en el suelo ; se figuraba ver espectros que bailaban... Cada vez se acercaban más, tendiendo sus manos hacia el árbol en que estaba la muñeca, y, al mismo tiempo, se reían burlescamente y la señalaban

con sus dedos. La niña estaba muy asustada. Entonces pensó: «Muchas veces he oído decir que los malos espíritus no pueden hacer ningún daño a quien no se haya portado mal. Tal vez no me acuerdo y he sido mala.»

Recordó, entonces, que se había burlado de un pobre patito que llevaba un trapo rojo atado a una pata y cojeaba de un modo muy divertido. «Realmente no pude evitar la risa—se dijo—pero, en resumidas cuentas, es un pecado reirse de los animales». Y mirando hacia arriba y a la muñeca le preguntó. ¿Te reíste tú también del patito? La muñeca pareció mover la cabeza afirmativamente.

OCTAVA NOCHE

—Ayer por la mañana, al apuntar el día—dijo la Luna—, cuando ninguna de las chimeneas de la ciudad había empezado aún a despedir humo, yo estaba mirándolas. De una de ellas salió una cabecita humana que miró a su alrededor y luego apareció la parte superior del cuerpo; los brazos descansaban sobre el borde de la chimenea. «¡Hurra!», exclamó

una voz. Perteneía a un pequeño deshollinador que, por la primera vez en su vida, había subido por la chimenea y asomado la cabeza por ella. «¡Hurra! ¡Hurra!». Verdaderamente había diferencia entre estar allá respirando aire fresco o encaramarse por el estrecho tubo de la negra chimenea. Allí podía contemplar la ciudad entera y divisar a lo lejos el verde bosque. El sol, que se levantaba entonces, parecido a una bola ardiente, iluminó su rostro que, a pesar de estar ennegrecido, expresaba la mayor alegría.

«¡Hurra! ¡Hurra!» gritó agitando su cepillo. «Ahora la ciudad entera puede verme y también el Sol y la Luna».

NOVENA NOCHE

—Lo que voy a contarte esta noche—dijo la Luna—ocurrió hace un año en una ciudad de provincia, pero esto no tiene importancia alguna. Presencí muy bien el hecho, pero la noticia que publicaron los periódicos está bastante desfigurada. Un titiritero que se ganaba la vida exhibiendo un oso amaestrado, estaba



El oso se levantó sobre sus patas posteriores y empezó a bailar...

cenando en una pequeña posada, después de haber dejado al animal atado en el patio, a un tronco cortado. El pobre *Martín*, nunca había hecho daño a nadie, aunque era capaz de hacerlo. En lo alto de la casa tres niños estaban jugando alumbrados por mí; el mayor podía tener seis años y el más pequeñito no contaría más de dos. De pronto se oyó el ruido que producía alguien al subir por la escalera. ¿Quién podría ser? Se abrió la puerta y apareció el oso enorme y cubierto de hirsuto pelo. Cansado de esperar en el patio, logró libertarse y, por casualidad, encontró la escalera y subió por ella. Yo lo había visto todo, y los niños, al principio, se asustaron mucho y hasta se escondieron en los rincones de la habitación. No obstante, el oso se acercó a cada uno de ellos, lo olió con el mayor cuidado, pero no les hizo ningún daño. Entonces los niños, figurándose que sería un perro grande, recobraron el ánimo y empezaron a darle palmaditas. Cuando el animal se puso de cuatro patas en el suelo, el más pequeñito se subió sobre él y empezó a jugar con la fiera. Poco después el niño mayor tomó su tambor, lo golpeó y entonces el oso se le-

vantó sobre sus patas posteriores y empezó a bailar. Era una escena muy divertida. Luego los niños tomaron cada uno su escopeta y le dieron otra al oso, el cual se la echó al hombro, con la mayor corrección. Los niños estaban locos de alegría con su nuevo compañero de juegos y empezaron a marchar; uno, dos, uno, dos. De pronto se abrió la puerta y apareció la madre de los niños. Ya puedes figurarte el terror que sintió la pobre. Se quedó blanca como el papel, con la boca abierta y los ojos dilatados por el espanto. Pero, en aquel momento, el niño más pequeño la miró sonriendo y exclamó gozoso:

—Estamos jugando a los soldados, mamá.

En aquel momento entró en la habitación el dueño del oso y se apoderó de él.

DÉCIMA NOCHE

—Me gustan mucho los niños—dijo la Luna, —especialmente cuando son pequeñitos y graciosos. Muchas veces miro al interior de las habitaciones, por las aberturas que dejan las cortinas y cuando ellos no saben que yo estoy allí.

Me gusta verlos vestidos y desnudos. Cuando van a acostarlos y les quitan el traje aparecen primero los hombros redondos y los blancos bracitos ; o bien cuando les quitan las medias y aparecen sus lindas piernas con los piececitos regordetes, no puedo contenerme y los beso.

Pero ya olvidaba lo que voy a contarte. Esta noche miraba a través de una ventana que no tenía cortinas, porque no vive nadie en frente. Vi un pequeño grupo de niños y niñas, todos hermanos ; entre ellos había una niña que aun cuando sólo contaba unos cuatro años, sabía rezar como una persona mayor. Su mamá se sienta junto a su cama todas las noches y escucha sus rezos. Luego le da un beso y aguarda a que la niña se duerma, lo cual sucede, generalmente, así que apoya su cabeza en la almohada.

Esta noche, dos de los niños mayores estaban un poco alborotados ; uno de ellos saltaba a pie cojo, cubierto con su camisa de noche, mientras el otro, subido en una silla que contenía los vestidos de los demás, decía que era una estatua griega. El tercero y el cuarto guardaron

sus juguetes cuidadosamente en una caja, cosa que hacen cada noche ; en cuanto a la madre estaba sentada junto a la cama de la niña y les mandó que estuvieran quietos mientras su hermanita rezaba.

Yo brillaba sobre la lámpara y sobre la cama de la niña que estaba tendida bajo su sábana blanca, y tenía las manos juntas mientras su rostro adquiría grave expresión. Rezaba el padre nuestro en voz alta. De pronto su madre la interrumpió, preguntando :

¿Por qué, después de decir el pan nuestro de cada día, dánosle hoy, «añaden algo que no entiendo»?

La niña se quedó callada por un momento y, muy apurada, miró a su mamá.

«¿Quieres decirme qué palabras añades después de «el pan nuestro de cada día, dánosle hoy?»».

«No te enojas, mamá» contestó la niña cada vez más apurada. «Le pido a Nuestro Señor que me lo dé con mucha manteca».

LOS CHANCLOS DE LA FORTUNA

I

PRÓLOGO

EN una casa de la calle del Este, en Copenhague, no lejos del Mercado Nuevo del Rey, habíase reunido gran número de personas; evidentemente el huésped gustaba de recibir a su vez invitaciones para otras fiestas y por eso había convidado a tantos amigos. La mitad de ellos estaban sentados a las mesas de juego, mientras los restantes parecían preocupados por la respuesta que debían dar a la pregunta de la señora de la casa: ¿Qué haremos ahora?

La reunión había ido animándose por grados y, entre otros asuntos de conversación, se habló de la Edad Media. Algunos sostenían

la opinión de que tal época fué mucho más interesante que la nuestra ; y el consejero Knapp lo sostuvo así con tal ardor, que la señora de la casa se sintió ganada por sus argumentos y se dedicó a defender con él tal aseveración, declamando contra el tratado de Oerstedt en el Almanaque, titulado. «De los tiempos antiguos y modernos» y en el cual se da la preferencia a nuestra propia edad. El consejero sostenía que la época del rey danés Hans, fué la mejor y la más próspera.

Mientras éste era el asunto de la conversación, que solamente se interrumpió una vez a causa de la llegada de un periódico que no contenía noticia alguna digna de ser leída, vamos a dar una vuelta por la antecámara, en donde se hallaban las capas, los bastones y los chanclos pertenecientes a los huéspedes de la sala. Allí estaban sentadas dos mujeres, una de ellas joven y la otra de edad más avanzada. Se habría podido creer que eran doncellas de la casa, llegadas para acompañar a sus señoras, a sus casas ; pero, mirándolas con mayor atención, pronto se daba uno cuenta de que no eran criadas ordinarias ; su aspecto era demasiado dis-

tinguido, su cutis sobrado delicado y sus trajes muy elegantes. Eran dos hadas.

La más joven de las dos, no era la Fortuna en persona, es cierto, pero sí la doncella de una de sus damas, que repartía los dones de poco valor. La mayor parecía algo preocupada ; era la Prudencia, que siempre se ocupa personalmente de todos sus asuntos porque sólo entonces es cuando está convencida de que todo está bien hecho.

Referíanse una a otra lo que habían hecho durante el día. La mensajera de la Fortuna había realizado comisiones de poca importancia ; por ejemplo, había salvado un sombrero nuevo de un chubasco, obtenido el saludo de un título para un hombre honrado, etc., pero, a la sazón, tenía otra cosa mucho más importante que hacer.

—He de añadir—dijo a la Prudencia—que hoy es mi cumpleaños y en celebración de ello se me han confiado unos zuecos, a fin de que los deje en poder de la humanidad. Estos chanclos tienen la propiedad de que quienquiera que se los ponga instantáneamente se siente transportado al lugar y a la época que desee ; es decir,

que los chanclos realizan en el acto cualquier deseo de tiempo o de lugar y así su propietario puede ser feliz una vez en la tierra.

—Créeme—replicó la Prudencia—será más desgraciado su poseedor cuando vea cumplidos tales deseos y bendecirá el momento en que se vea libre de esos chanclos.

—¿Esta es tu opinión?—exclamó la mensajera de la Fortuna—. Pues bien, voy a poner los chanclos aquí, junto a los percheros ; alguien se los calzará y así podrá ser feliz.

Tal fué su conversación.

II

LO QUE LE SUCEDIÓ AL CONSEJERO

Era ya tarde ; el consejero Knapp, profundamente sumergido en sus pensamientos acerca de la época del rey Hans, deseó irse a casa ; pero el hada arregló las cosas de manera que, en vez de ponerse sus propios chanclos, se calzó los de la Fortuna y salió a la calle del Este.

El poder mágico de sus chanclos lo hizo retroceder inmediatamente a los tiempos del rey



Vió una lamparilla ante una imagen de la Santísima Virgen...

Hans, y sus pies se hundieron profundamente en el lodo de la calle, que en aquellos días no estaba adoquinada.

—¡Qué sucio está esto!—exclamó el consejero—¿Cómo habrán desaparecido los adoquines y los faroles?

La luna no se había levantado mucho; la atmósfera parecía algo sobrecargada de humedad, de manera que los objetos circundantes no se podían reconocer en la obscuridad. Cuando llegó a la próxima esquina, vió una lamparilla ante una imagen de la Santísima Virgen, pero la luz que daba era tan débil que sólo la descubrió cuando pasaba por debajo, y sus miradas se posaron sobre las imágenes de la Madre y el Niño.

—Sin duda se trata de la tienda de un anticuario—pensó—y se han olvidado de retirar la muestra.

Varias personas, vistiendo el traje de la época, pasaron por su lado.

—¡Vaya unos trajes tan raros que llevan! Sin duda alguna vuelven de algún baile de máscaras—murmuró.

De pronto llegó a sus oídos el sonido de tam-

bores y pífanos. Vió la luz de las antorchas y se detuvo. Ante él pasó una procesión extraordinaria. Delante iba una banda de tambores, que golpeaban los parches con extraordinaria habilidad ; seguían los soldados con arcos y lanzas. El personaje principal en la procesión era un clérigo. El asombrado consejero preguntó qué significaba aquello y quién era el clérigo.

—El Obispo de Zelanda—le contestaron.

—¡Dios mío! —suspiró el consejero—
¿Adónde irá el obispo?

Luego movió la cabeza con aire de duda, porqué no podía creer que aquel personaje fuese verdaderamente el obispo.

Muy preocupado por lo que acababa de ver, salió de la calle del Este y llegó a la plaza del Puente Alto. El puente que solía cruzar para llegar a la plaza del Castillo, no se veía en parte alguna ; por fin llegó a la orilla de un río poco profundo, donde vió a dos hombres en un bote.

—¿Quiere cruzar el río, señor?—le preguntaron.

—No, no quiero embarcarme—contestó—
Pero decidme dónde está el puente. Es imperdonable que no hayan encendido los faroles ;

además esto está tan lleno de barro que parece más bien un terreno pantanoso.

El pobre consejero hablaba así porque ignoraba que entonces vivía en una edad distinta y anterior a la suya propia y cuanto más hablaba con los hombres del bote, menos le entendían éstos.

—No entiendo ni una palabra de las que me decís—exclamó, por último con mal humor y alejándose de ellos.

Pero, por más que hizo, le fué imposible hallar el puente y al cabo, aburrido de dar vueltas inútilmente, quiso tomar un coche para regresar a su casa. Pero se le presentó una nueva dificultad, porque no pudo descubrir ninguno de dichos vehículos.

Y decidido ya a dar un gran rodeo para ir a su casa a pie, se dirigió nuevamente a la calle del Este.

En aquel momento la luna salió de entre las nubes y alumbró la silueta de la puerta del Este que en los antiguos tiempos se elevaba al final de la calle del mismo nombre.

—¡Dios mío! ¡Vaya una extraña puerta

han levantado aquí!—se dijo el consejero cada vez más asombrado.

Y como viera algo más lejos algunas cabañas de madera, pertenecientes a algunos marineros holandeses, el consejero, ya seriamente alarmado, pensó :

—O estoy borracho como una cepa o soy víctima de algún extraño espejismo. No sé, verdaderamente, qué es todo esto.

Reanudó la marcha, ya muy preocupado y entonces se fijó en que la mayor parte de las casas estaban mal construídas y en que los tejados tampoco eran de la misma figura que en su propio tiempo.

—Sin duda estoy malo—murmuró—pero lo más raro es que solamente he tomado un vaso de ponche. Es verdad que no me sienta bien. Y ahora vamos a ver si puedo encontrar mi casa.

Siguió andando, cada vez más alarmado por su estado, al darse cuenta de que la ciudad no presentaba el mismo aspecto a que él estaba acostumbrado. Luego, viendo una casa en cuya planta baja estaban reunidas algunas personas, le pareció establecimiento público y en-

tró con ánimo de descansar y de tomar algo que aliviase su malestar.

Era una posada antigua, muy parecida a una taberna holandesa y estaba ocupada por numerosos hombres del pueblo, marineros y algunos estudiantes. Todos estaban sentados a unas mesas, con el jarro delante y tan abstraídos en sus conversaciones, que apenas prestaron atención a la llegada del consejero.

—Dispensadme—dijo éste a la dueña—me he sentido indispuerto repentinamente y os ruego que mandéis en busca de un coche para que me lleve a casa.

La mujer lo miró y movió la cabeza, como si no entendiera su lenguaje. Luego le habló en alemán y suponiendo el consejero, que no conocía el dinamarqués, le contestó, también, en aquella lengua, repitiendo su ruego. Ello, unido a su traje, hizo creer a la tabernera que tenía delante a un extranjero; pero entendió que estaba indispuerto y le sirvió un jarro de agua, cuyo sabor era muy semejante a la del mar, a pesar de que hacía poco rato que la habían sacado del pozo.

El consejero apoyó la cabeza en la mano, dió

un gran suspiro y se sumió en reflexiones acerca de las extrañas cosas que lo rodeaban.

—¿Es ése el periódico de la noche?—preguntó maquinalmente al ver que la tabernera dejaba a un lado una grande hoja de papel.

Ella no entendió lo que él quería decir, pero le dió el papel. Era un grabado en madera que representaba un fenómeno que se decía haberse visto en la ciudad de Colonia.

—Eso es muy antiguo—pensó el consejero poniéndose alegre al ver en sus manos semejante antigüedad—¿Cómo diablos habéis obtenido este grabado tan raro y antiguo? Es muy interesante, aunque lo del fenómeno a que se refiere no pasa de ser una fábula. Eso se explica ahora perfectamente y se llaman luces polares; probablemente los causa la electricidad.

Los que estaban sentados a su lado y oyeron sus palabras, lo miraron con la mayor curiosidad y uno de ellos se levantó, saludó quitándose el sombrero, con la mayor cortesía y le dijo muy serio:

—Sin duda alguna, señor, sois hombre muy sabio.

—De ninguna manera—replicó el consejero

—Tan sólo tengo conocimientos generales ; como todo el mundo.

—La modestia es una gran virtud—le dijo su interlocutor.

—¿Tenéis la bondad de decirme a quién tengo el honor de hablar?

—Soy estudiante de Teología—contestó el otro.

Esta respuesta fué suficiente para el consejero, que saludó con una inclinación de cabeza.

—Aunque aquí no estamos en ningún *locus docendi*—dijo el estudiante—os ruego, señor, que nos déis algunas explicaciones sobre lo que acabáis de decir a propósito de ese papel. Sin duda conocéis muy bien los autores antiguos.

—¡ En efecto !—contestó el consejero—Me gusta mucho leer los libros antiguos y útiles que caen en mis manos, pero también me gustan mucho los modernos, exceptuando las novelas que hoy tanto abundan.

—¿Novelas? ¿Qué es eso?

—Me refiero a las novelas modernas. Es decir, a las fingidas historias de los libros.

—¡ Ah !—contestó el estudiante sonriendo—Ya sé. Son interesantes y gozan de mucho fa-

vor en la corte, donde se leen con el mayor interés. El rey, especialmente, gusta mucho de los libros de Iffven y Gaudian que tratan del Rey Artús y de los valientes caballeros de la Tabla Redonda. Acerca de eso se dice que ha bromeado con sus cortesanos.

—Pues no he leído esa obra—contestó el consejero—Debe de haber sido publicada muy recientemente.

—Sí. La ha dado a la estampa Godofredo de Gehmen.

—Este nombre es muy antiguo—exclamó el consejero—¿No es ese el primer impresor danés?

—En efecto, es el primero—contestó el teólogo.

La conversación, como se ve, marchaba bastante bien, pero, de pronto, uno de los que estaban reunidos habló de una epidemia que había hecho estragos en 1484. El consejero creyó que se refería al cólera y empezaron a hablar los dos, cada uno de lo suyo, hasta que no se entendieron. Y así se fué saltando de un asunto a otro y a cada momento surgían contradicciones, pues el consejero se refería siempre, natu-

ralmente, a asuntos de su época y los otros a la que les era propia. Luego las más vulgares palabras del consejero llenaban de admiración a sus oyentes y cuando el asunto se ponía embrollado, el teólogo empezaba a hablar en latín con lo que no conseguía, ciertamente, que se aclarasen de nuevo.

—¿Cómo os encontráis ahora?—preguntó la tabernera tirando al consejero de la manga.

Este, que se había distraído con la conversación, recordó nuevamente sus aventuras y se disponía a marcharse cuando sus compañeros de mesa pidieron vino y lo invitaron, muy amablemente, a que bebiera con ellos.

El pobre consejero, que ya se creía borracho, quiso negarse, pero los otros insistían de tal manera, que, con gran desesperación suya, tuvo que aceptar. Sin embargo, aprovechando un momento de distracción de sus compañeros, se dejó resbalar de su asiento, para ocultarse debajo de la mesa y tratar, así, de salir de aquella taberna. Pero no pudo realizar su intento, porque los bebedores se percataron de su treta y lo cogieron por los pies para impedirle que huyese; por fortuna le quitaron los chanclos,

con lo cual se rompió inmediatamente el encanto.

El consejero vió claramente un farol callejero encendido y más allá una gran casa. Todo tenía un aspecto familiar y acostumbrado. Estaba en la calle del Este, la reconocía y él se hallaba tendido en el suelo, con las piernas hacia la puerta de una casa y en frente vió al sereno dormido.

—¡Dios mío! ¿Habré estado soñando tendido en la calle?—pensó el pobre hombre—Sí, esta es la calle del Este. ¡Qué hermoso farol! ¡Aquél maldito vaso de ponche me ha hecho mucho daño!

Dos minutos más tarde un coche lo conducía a su casa. Recordaba las angustias pasadas y bendecía con todo su corazón la edad presente, aunque sin darse cuenta de ello, porque tampoco se percataba de que hacía unos momentos había estado viviendo en una edad pasada.

III

LAS AVENTURAS DEL SERENO

—¡Caramba!—exclamó el sereno—he aquí un par de chanclos. Sin duda alguna pertenecen al teniente que vive en esa casa, porque están junto a la puerta.

El honrado sereno se disponía a subir la escalera para devolver los chanclos a quien creía su dueño, pero desistió para no despertar a los inquilinos de otros pisos.

—Con toda seguridad se deben tener los pies muy calientes con este calzado—pensó—. Y en cuanto a la piel es muy buena.

Se puso los chanclos y vió que eran de su medida y se ajustaban perfectamente a su calzado.

—La verdad es que en este mundo hay gente afortunada—dijo el sereno cuando ya llevaba puestos los chanclos—. Ese teniente que podría haberse metido ya en su cama, y estar calentito, se pasea, en cambio, por su cuarto. Es hombre afortunado. No tiene mujer ni hijos y

cada noche va a divertirse. Me gustaría hallarme en su lugar, porque sería feliz.

Apenas había acabado de formular este deseo cuando se lo cumplieron los chanclos. Vióse transportado a la habitación del teniente y convertido en éste en cuerpo y alma.

Estaba en pie, sosteniendo en sus manos una hoja de papel, en la que el teniente había escrito un poema a la dama de sus pensamientos. Pero sus ideas no eran agradables, pues pensaba que estaba enamorado y que no era más que un pobre teniente, desprovisto de bienes de fortuna.

Se apoyó en el marco de la ventana, suspiró y luego murmuró :

El sereno de la calle es mucho más feliz que yo. No conoce mis necesidades. Tiene un hogar, mujer e hijos que con él comparten sus penas y sus alegrías. Me consideraría feliz cambiándome con él y contentándome con sus esperanzas y aspiraciones. Estoy seguro de que es más dichoso que yo.

Instantáneamente el sereno se vió convertido de nuevo en sereno, porque, gracias a los chanclos de la Fortuna, se había metamorfo-

seado en teniente ; pero entonces ya no estaba tan contento y prefería la suerte que acababa de dejar siendo sereno. Y ya lo era otra vez.

—Ha sido un sueño muy molesto, pero muy curioso. Me pareció ser el teniente en persona y ello no era muy agradable que digamos. Echaba de menos a mi mujer y a mis hijos que tanto quiero.

Sentóse nuevamente y empezó a dar cabezadas, pues no podía alejar el sueño. Los chanclos todavía cubrían sus botas. Pasó una estrella errante.

—¡ Ahí va una estrella !—murmuró.—Pero su falta no se nota en el cielo, porque ¡ hay tantas ! Me gustaría mucho verlas de cerca y especialmente la Luna. El estudiante, a quien mi mujer lava la ropa, dice que cuando ya estamos muertos vamos de uno a otro planeta. Esto no es verdad, seguramente, pero sería bonito. Ahora, que me gustaría dar un saltito y llegar hasta la Luna.

Hay en este mundo cosas de las que se debe hablar con precaución, especialmente, si se llevan los chanclos de la Fortuna, y en prueba de ello veamos lo que le ocurrió al sereno.

Todo el mundo conoce la rapidez con que los trenes expresos van de una parte a otra, pero más rápida, incomparablemente, es la luz que solamente tarda ocho minutos en recorrer la inmensa distancia que hay entre el Sol y la Tierra. Así, con esta velocidad, el sereno cruzó el espacio que hay entre la Tierra y la Luna, la cual, como todo el mundo sabe es de una substancia más ligera que la Tierra, algo así como si estuviera constituida por nieve recién caída. Llegó a una de las numerosas montañas circulares que se ven en los mapas selenitas y observó que el interior del cráter era una concavidad de más de un kilómetro y medio de diámetro y en el fondo había una ciudad. Y para hacerse cargo de cuál sería su aspecto, lo mejor es verter la clara de un huevo en un vaso lleno de agua; la substancia que allí había era igualmente blanda y formaba torres similares y transparentes, cúpulas y terrazas, que flotaban en el aire como velas de un navío. Nuestro globo estaba suspendido en lo alto del cielo semejante a una bola roja.

El sereno pronto descubrió numerosos seres, que seguramente constituían la humani-

dad de la Luna, pero eran muy distintos de nosotros. De haber estado dispuestos en filas y luego pintados, cualquiera los tomara por arabescos. También tenían un lenguaje, pero ¿cómo habría podido esperarse que lo entendiera el alma del sereno?

Sin embargo, lo comprendió, porque un alma tiene muchas más facultades que las que se cree. Así la del sereno entendió muy pronto el idioma de los habitantes de la Luna. Discutían entre sí acerca de nuestra Tierra y manifestaban sus dudas de que estuviese habitada, pues creían que nuestro aire sería demasiado denso para permitir la vida. Creían que solamente la Luna estaba habitada y que era el único planeta en que había existido una raza de seres superiores.

También hablaban de política, pero dejémosles ya y volvamos a la calle del Este en Copenhague y veamos qué fué del cuerpo del sereno. Estaba aún inmóvil sobre los escalones de la casa; se le había caído el bastón de la mano y sus ojos abiertos estaban fijos en la Luna por la que deambulaba su honrada alma.

—¿Qué hora es, sereno?—preguntó un transeunte.

Pero el sereno no contestó. En vista de ello, el preguntante lo tocó ligeramente, lo cual fué causa de que, perdiendo el equilibrio, cayera el cuerpo al suelo, como si fuera cadáver. Esto dió lugar a grande alarma y acudió gente, la cual decidió, en vista de que el pobre sereno parecía muerto, llevarlo al hospital.

Habría sido muy chistoso que regresara el alma y en busca de su cuerpo fuese a la calle 'del Este. Como no lo habría encontrado, se hubiera visto obligada a ir al cuartelillo de Policía para ver si allí lo encontraba entre los objetos olvidados en la calle y recogidos luego por la autoridad. Pero no hay duda de que luego habrían encaminado al alma al Hospital. Mas no hay necesidad de que nos ocupemos en semejantes posibilidades, porque las almas son más listas de lo que la gente cree y si hacen alguna tontería se debe a que una vez están encerradas en los cuerpos pierden algo de su característica inteligencia.

Como digo, el cuerpo del sereno fué llevado al hospital, en donde le dejaron en una

estancia en que se lava a los cadáveres. Y naturalmente, la primera cosa que hicieron fué quitarle los chanclos, y a causa de eso el alma se vió obligada a volver inmediatamente a reunirse con el cuerpo. Hízolo en un abrir y cerrar de ojos y, naturalmente, el sereno recobró la vida. Declaró que nunca había pasado tan terrible noche como aquélla y que por nada del mundo quisiera ser otra vez víctima de pesadillas semejantes. Se repuso en seguida y pudo salir al poco rato del benéfico establecimiento, pero allí se quedaron los chanclos.

IV

UN MOMENTO CRÍTICO - UN VIAJE EXTRAORDINARIO

El Hospital Federico, de Copenhague, está rodeado de una verja de hierro, cuyos barrotes están tan separados, que algunos de los estudiantes de medicina de pocas carnes pueden pasar por entre dos de aquéllos en sus escapatorias, cuando están de guardia. La cabeza era lo que más costaba pasar y allí, como en otras muchas cosas de este mundo, lograban

mejor éxito los que tenían las cabezas más pequeñas.

Uno de los internos, de quien se puede decir que tenía una gran cabeza, en el sentido material solamente, estaba de guardia una noche; la lluvia caía abundante, mas, a pesar de eso, deseaba salir del hospital y dar una escapada a la ciudad.

—Nada más una escapadita de un cuarto de hora,—pensó—. Y si puedo pasar a través de la verja, no hay necesidad de despertar al portero. Divisó los chanclos que se dejara el sereno y ni por un momento se le ocurrió que pudieran ser mágicos. Iban a prestarle un buen servicio con el mal tiempo que hacía y se los puso. La dificultad estaba en que pudiera pasar la cabeza por entre los barrotes, cosa que ignoraba, porque nunca lo había probado.

—Quisiera ya tener la cabeza del otro lado—pensó.

E instantáneamente, a pesar de que era bastante grueso, y tenía la cabeza grande, ésta se deslizó suavemente por entre dos barrotes, gracias a la influencia de los chanclos que acababan de cumplir su deseo. Entonces trató de



Se limitaba a forcejar los barrotes, pero era en vano.

pasar también el cuerpo, pero le fué imposible.

La situación era muy desagradable, porque los barrotes que le rodeaban el cuello, le impedían avanzar o retroceder. No sentía opresión alguna en el cuello, pero eso era todo. Primero se encolerizó, pero pronto perdió el ánimo. Los chanclos de la Fortuna lo habían puesto en tan desagradable situación y, por desgracia, no se le ocurrió el deseo de librarse de ella. En vez de formular el deseo se limitaba a forcejear entre los barrotes, pero en vano. La lluvia caía espesa, la calle estaba desierta y no podía alcanzar al cordón de la campanilla que daba a la habitación del portero. ¿Cómo saldría de allí? No cabía duda de que se vería obligado a tener paciencia hasta la mañana siguiente y de que entonces sólo podría verse libre cuando el herrero cortase un barrote. Pero, mientras tanto, había que tener mucha paciencia. Los transeuntes madrugadores le verían. Reuniríanse los marineros y tal vez le hicieran burla.

—¡Dios mío!—exclamó—. Tengo la cabeza congestionada. Voy a volverme loco. ¡Oja-

lá estuviese libre de esta opresión y de esta situación angustiosa !

Más pronto lo hubiera dicho, porque apenas acabó de pronunciar tales palabras cuando quedó libre de su cabeza ; y sin esperar volvió a su habitación completamente aterrado.

Pero no se habían acabado los sucesos desagradables y le faltaba todavía lo peor.

Pasaron la noche y el día siguiente. Nadie se presentó a reclamar los chanclos. Por la noche se daba una fiesta en un teatrillo particular y había acudido allí gran concurrencia. El interno del hospital formaba parte del público y parecía haber olvidado lo que le ocurriera la noche anterior. Llevaba los chanclos que nadie había reclamado, y que le prestaron buen servicio, porque la calle estaba sucia. Una señorita recitó un poema titulado : «Los anteojos de la abuela» en que se describían unos anteojos mágicos, que permitían a la persona que los llevaba leer en el corazón de sus semejantes como un libro abierto y predecir a cada uno de ellos lo que le sucedería en el próximo año.

—Mucho me gustaría tener semejantes an-

tejos—pensó el interno—, pues no hay duda de que mirando a los corazones de todas estas damas, descubriría cosas muy curiosas. En el de ésta que está a mi lado, seguramente hallaría una tienda de modas. En el de aquél la una casa vacía y en todas haría descubrir nientos muy curiosos. Sé de una que tiene el corazón leal, pero ya está ocupado y esa es su única falta—añadió suspirando—. Pero, en fin, sería muy bonito. En verdad que me gustaría poder pasar esta revista.

Los chanclos solamente aguardaban a que expresara un deseo para cumplirlo. Apenas había dicho tan imprudentes palabras, cuando, sin darse cuenta de ello, empezó a pasar revista a los corazones de los ocupantes de la fila de butacas en que él mismo se hallaba. El primer corazón que visitó pertenecía a una dama. Parecióle que se hallaba en una sala de exposición de un ortopédico, en donde las paredes están llenas de modelos en yeso de miembros defectuosos. Allí había modelos de todas las deformidades corporales y mentales de las amigas de la dama.

Pasó a otro corazón femenino. Parecía el

interior de una iglesia y la blanca paloma de la inocencia revoloteaba por encima del altar. Habríase arrodillado con el mayor placer y respeto, pero no tuvo tiempo, porque pasó al corazón siguiente. Resonaba todavía en sus oídos la armonía del órgano y comprendiendo que sus sentimientos eran ya más elevados, se consideró digno de entrar en el siguiente santuario, en el cual vió a una madre enferma en una bohardilla. Pero el refulgente sol de Dios brillaba a través de la ventana, espléndidas rosas se ufanaban en un cajón puesto sobre el tejado y dos pajarillos azules cantaban gozosos las alegrías de la niñez, mientras la madre enferma imploraba a Dios que bendijera a su hija.

De repente entró en lo que le pareció una carnicería. Por todas partes no se veía más que carne. Era el corazón de un hombre rico y respetable, cuyo nombre figura en la guía de la ciudad.

Pasó a otro corazón, semejante a una habitación llena de espejos, pero estos eran de aumento extraordinario. El insignificante YO del propietario estaba sentado en el centro de

la pieza, semejante al Dalai Lama, contemplando, admirando, su propia grandeza.

Luego entró en un recinto estrecho, lleno de agujas puntiagudas, lo cual le hizo creer que había penetrado en el corazón de una solterona. Pero no era así, sino que pertenecía a un joven oficial, lleno de condecoraciones y a quien la gente creía hombre de corazón y de inteligencia.

—¡Dios mío!—exclamó el pobre interno del hospital—. No hay duda de que tengo una gran tendencia a ser víctima de la locura. Hace aquí un calor espantoso y tengo la sangre agolpada a la cabeza.

Entonces recordó la crítica situación por que había pasado la noche anterior y se dijo:

—Seguramente cuando estaba con la cabeza entre los barrotes cogí esta indisposición. Tendré que hacer algo para curarme. Me gustaría estar tomando un baño ruso.

Y en un abrir y cerrar de ojos se vió metido en un baño ruso, sin haberse desnudado. El bañero dió un grito de sorpresa al ver a aquel cliente metido en el baño y cuya llegada no había advertido. Pero el interno tuvo suficiente

presencia de ánimo para decirle que se trataba de una apuesta.

Poco después llegaba a su casa y se aplicó dos cataplasmas de mostaza, una en el cogote y la otra en la espalda para curarse de los ataques de locura que se figuraba haber sufrido.

Al día siguiente tenía la piel de la nuca y de la espalda en carne viva y eso es lo que salió ganando, en definitiva, de haber llevado los chanclos de la Fortuna.

V

LA TRANSFORMACIÓN DEL EMPLEADO

El sereno, a quien seguramente el lector no habrá olvidado, recordó los chanclos que encontrara y que dejó en el hospital.

Fué en su busca y como quiera que luego ni el teniente ni otra persona cualquiera los reconoció como de su propiedad, los entregó en la comisaría de policía.

—Se parecen a los míos como dos gotas de agua—dijo uno de los empleados poniéndolos

a un lado—. Ni siquiera un zapatero sería capaz de hallar diferencia entre ellos.

—Señor Clark—dijo entonces otro empleado que entraba con algunos papeles—. Tenga la bondad de ocuparse en estos asuntos.

Obedeció Clark y cuando más tarde quiso distinguir entre sus propios chanclos y los de la Fortuna, no pudo averiguar claramente cuáles eran los suyos.

—Seguramente los más mojados serán los míos—pensó.

Pero se equivocaba, porque, precisamente aquellos eran los de la Fortuna, y eso no tiene nada de maravilloso porque un empleado de la Comisaría de Policía puede equivocarse como otro mortal cualquiera.

Calzóse los chanclos, se metió algunos papeles en el bolsillo y se puso otros bajo el brazo y salió. Era domingo por la mañana y se propuso dar un paseo.

Encontró a un amigo suyo, poeta, quien le dijo que le proponía salir al día siguiente a pasar una corta temporada en el campo. Eso hizo suspirar a nuestro pobre empleado, que se veía atado al pupitre de su despacho y pen-

só, cuando ya se hubo despedido de su amigo, que a él también le gustaría ser poeta.

Mientras hacía estas reflexiones, ocurrió que, sin darse cuenta, adquirió repentinamente el sentimiento poético y empezó a manifestar su satisfacción por el claro brillo del sol, la pureza del cielo, el perfume de las flores, y, en una palabra, a celebrar lo bello en todos sus aspectos.

Pero luego, al pensar en la dura esclavitud de su oficina, recordó también que llevaba en el bolsillo algunos papeles con los que debía trabajar en su casa. Los sacó de su bolsillo, dando un suspiro, y, con el mayor asombro, vió que en ellos estaba escrita una tragedia en verso y cuyo autor era él mismo.

Frotóse los ojos para convencerse de que no soñaba, y mientras tenía sujetas con la otra mano las cuartillas de versos, cayó un papel al suelo. Lo recogió y al leerlo, vió que era una carta de un empresario de teatro, quien, en lenguaje nada escogido, rechazaba la tragedia.

El nuevo poeta no tenía duda alguna de que estaba soñando, aunque no comprendía cómo podía ser que el sueño fuese tan real en

apariciencia. Se sentó en el banco de un paseo, y murmuró :

—Me gustaría, mañana, cuando despierte, poder recordar este sueño tan real. Pero el contraste con mi odiada oficina, será mayor. Ese pájaro sí que es feliz—añadió observando a uno que revoloteaba entre las ramas de un árbol—. Debe de ser muy agradable poder volar. Me gustaría ser ave y en tal caso prefería ser alondra.

Inmediatamente se redujo su tamaño, los brazos se le convirtieron en alas, el traje en plumas y los chanclos en garras.

—¡ Vaya !—se dijo—. Continúa el sueño, y a fe que nunca tuve otro tan raro.

Se subió a las ramas de un árbol y empezó a cantar, pero ya había perdido el sentimiento poético, porque los chanclos no concedían más de un deseo a la vez.

—Verdaderamente es muy bonito eso de poder estar durante el día trabajando en la Comisaría de Policía y soñar por las noches de un modo tan real que soy pajarillo y revolotear por entre los árboles. Podría escribirse acerca de eso un bonito cuento.

Se posó sobre el suelo y empezó a picotear algunos tallos de hierba. De pronto se hizo a su alrededor la obscuridad más completa, como si algo hubiese caído sobre él. Realmente era así, porque un muchacho le había echado encima su gorra de marinero. Luego una mano se metió por debajo de la gorra y se apoderó de él.

—¡Eh, pillete! ¡Qué soy un empleado de la Comisaría de Policía!—exclamó o mejor dicho, quiso exclamar.

Pero, en vez de estas palabras, solamente profirió algunos gritos propios del ave. El muchacho, sin hacer el menor caso, asió el pajarillo y echó a andar.

Poco tiempo había pasado, cuando encontró a otros dos muchachos y después de breve conferencia les vendió el pajarillo por algunos céntimos.

—Me enojaría mucho todo eso, si no supiera que estoy soñando—pensó el empleado.

Mientras tanto, los dos niños regresaron a su casa y allí los recibió una dama muy cariñosamente. Pusieron al pajarillo en una jaula,

entre otros dos, una para el loro de la casa y la otra para el canario.

Ambos se entretenían charlando, el canario acerca de la libertad de que gozaba en su tierra natal, antes de haber sido preso, pero el loro decía que estaba ahora mucho mejor y se daba tal importancia, queriendo imitar a los hombres en sus palabras y en sus carcajadas, que el canario no podía estar nunca de acuerdo con él.

La alondra, o sea el empleado convertido en tal, escuchaba las conversaciones de sus dos compañeros, porque gracias a su condición de pájaro las entendía perfectamente. De pronto el canario se volvió a él y le dirigió algunas palabras de consuelo por su reciente prisión y advirtiéndole el pájaro cantor que los niños habían cerrado mal la puerta de la jaula de la alondra, se lo dijo a ésta, aconsejándole que se apresurara a huir.

No se lo hizo repetir la alondra y salió a la habitación, pero en el mismo instante estaba abierta y voló, voló por encima de los tejados y de las calles, hasta que el cansancio la obligó a tomar algún reposo. La casa frente a la

cual se había detenido la pareció conocida; las ventanas estaban abiertas y penetró por una de ellas. Entonces se dió cuenta de que se hallaba en su propia habitación.

Se posó encima de la mesa y al recordar los sustos pasados sintió el deseo de ser nuevamente hombre. Apenas había acabado de concretar la idea, cuando se vió sentado a la mesa y en su verdadera figura humana.

—¡Dios mío!—exclamó—No sé cómo vine a mi casa y me dormí. ¡Vaya un sueño desagradable!

VI

LO MEJOR QUE HICIERON LOS CHANCLOS

Al día siguiente, por la mañana, cuando el empleado estaba todavía en la cama, alguien llamó a la puerta de su habitación. Era su vecino, estudiante, que le pidió prestados los chanclos para bajar al jardín que estaba mojado por la lluvia.

El estudiante se calzó los chanclos y pronto estuvo sentado entre dos árboles y empezó

a fumar. Era todavía muy temprano y a sus oídos llegó el trompetazo que en un cuerno dió un postillón.

—¡ Oh, si yo pudiera viajar !—pensó—Esto es lo que faltaría a mi felicidad. Quisiera estar ahora viajando por Suiza.

Instantáneamente los chanclos cumplieron su deseo, y el joven se vió encerrado en una diligencia, entre otros viajeros. Al estudiante le dolía el cuello y la espalda a causa de la actitud forzada e incómoda que se veía obligado a soportar.

—¡ Dios mío !—exclamó—¡ Cuán largo se hace este viaje !

En verdad, aunque la diligencia atravesaba lugares preciosos, nada podía ver por impedirselo los demás viajeros y la balumba de sacos de mano, bastones y paraguas que había dentro del coche. De pronto sintió el deseo de estar ya en la posada y de repente se encontró en ella, ante una mesa regularmente servida, pero casi sin apetito a causa de su cansancio.

—Bella cosa sería viajar, si no se tuviera cuerpo—pensó—. Yo antes deseaba viajar, pero ya estoy fatigado. Quisiera que mi cuer-

po reposara y mi espíritu recorriese libre el espacio. No sé que es, pero lo deseo con todo mi corazón.

Apenas había murmurado estas palabras, cuando se halló de nuevo en su casa. Las cortinas estaban corridas y en el centro de la estancia había un negro ataúd, en el que reposó el joven, sumido en el sueño de la muerte. Habíase ya cumplido su deseo; su cuerpo descansaba y su espíritu podía viajar libremente.

«No consideres a ningún hombre feliz hasta que descansa en la tumba» dijo Solón. En el caso del estudiante se confirmaban tales palabras.

Dos personas entraron entonces en la estancia. Ya las conocemos. Una era el hada Prudencia y la otra la doncella de la Fortuna. Ambas se inclinaron sobre el difunto.

—Ya veis cuál es la felicidad que los chanclos han proporcionado a la humanidad—dijo la Prudencia.

—Por lo menos a éste la han dado la felicidad que deseaba—contestó la mensajera de la Fortuna.

—De ninguna manera, porque él no deseó la muerte. No se dió cuenta de que tal podría sucederle—replicó la Prudencia—. Ahora voy a hacerle un favor.

Y le quitó los chanclos de los pies. Interrumpióse instantáneamente el sueño de la muerte y el joven se levantó. Marcháronse las dos hadas y la Prudencia se llevó los chanclos de la Fortuna, que, probablemente, consideraba ya suyos.

UNA PAREJA DE ENAMORADOS

DENTRO de una caja de juguetes estaban reunidos un trompo y una pelota.

—¿Por qué no nos casamos—preguntó el trompo a la pelota—ya que el azar ha querido que vivamos juntos?

Más la pelota, que era muy orgullosa, porque estaba forrada de hermosa piel y se consideraba una señorita de elevado nacimiento, no se molestó siquiera en contestar a la insinuación del trompo.

Al siguiente día, el muchacho dueño de los juguetes, puso al trompo que era rojo y amarillo, una punta nueva de cobre, de manera que bailaba mucho mejor, mostrando graciosamente sus brillantes colores.

—¡Eh! ¿Qué te parezco?—preguntaba el

trompo a la pelota, mientras bailaba. ¿Quieres que nos casemos? No hay duda de que hemos nacido el uno para el otro. Yo bailo y tú saltas. Si quisieras no habría pareja más feliz que la nuestra.

—Vale más que no pienses en eso—le contestó la pelota—. Sin duda no estás enterado de que mis padres fueron un par de riquísimas zapatillas de tafilete. Y, además, bueno es decirte, también, que mi cuerpo es de corcho de España.

—Bueno—replicó el trompo—pero tu no sabes que mi cuerpo es de caoba y que me hizo, nada menos, que el alcalde de la ciudad, que, en sus ratos desocupados, se entretiene en fabricar juguetes. Y no creo inmodestia decir que yo soy su obra maestra.

—¿No me engañas?—preguntó la pelota ya más amable.

—¡Así no pueda bailar nunca más si digo la más pequeña mentira!—contestó el trompo.

—Veo que sabes exponer muy bien tus méritos, pero, de todas maneras, no puedo aceptar tu proposición, porque estoy algo comprometida con una golondrina. Cada vez que salto, ella

asoma su cabeza fuera del nido y me dirige palabras muy tiernas. Hace ya mucho tiempo que estoy decidida a casarme con ella y, vamos, en una palabra, estoy comprometida. Te agradezco tus sentimientos y aunque no pueda corresponder a ellos, te prometo que no te olvidaré nunca.

—Algo es algo—pensó el trompo—pero no me sirve de consuelo.

Estas fueron las últimas palabras que se cruzaron entre la pelota y el trompo.

Al día siguiente el niño propietario de la pelota, la cogió y la hizo saltar y se elevó tanto que casi la perdió de vista el trompo. Y una de las veces saltó a tal altura que se quedó por el camino y desapareció.

—Ya se habrá ido con la golondrina—pensó el trompo suspirando—, y ahora estarán celebrando la boda.

El trompo tuvo un disgusto muy grande por la pérdida de su amada, porque nunca había querido a nadie tanto como a la pelota. Se puso triste y aunque a veces bailaba no podía olvidar a su hermosa adorada.

Pasó el tiempo y el trompo se hizo viejo. Pero

un día lo pintaron de nuevo y le doraron algunas ranuras que tenía, de manera que nunca había sido tan hermoso. Daba gusto verle bailar, brillante como una estrella. Zumbaba alegremente e iba tan ligero que no hay duda de que si la pelota llega a verle, tal vez no hubiese pensado en casarse con la golondrina.

Mientras muy satisfecho, pensaba el trompo de esta manera, tropezó con una piedra, fué despedido a lo lejos y desapareció de la vista de su dueño. Éste lo buscó en vano, hasta en la bodega, a la que habría podido llegar a través de un tragaluz, pero fué completamente imposible dar con él.

¿Sabéis dónde estaba? Pues en el cajón de la basura. Allí quedó el pobre cubierto de polvo, desperdicios y toda clase de inmundicias.

—¡Pobre de mí!—exclamaba—. ¡Cómo van a ensuciarse mi pintura y mis dorados, entre la porquería que me rodea!

Cuando se consoló un poco miró a su alrededor, y medio oculto por algunos restos, vió algo esférico que habría podido tomarse por una manzana podrida. Pero, en realidad, era una pelota medio corroída por la humedad, por ha-

ber pasado varios años colgada en un canalón.

Aquella pelota, al divisar al trompo, exclamó :

—¡ Gracias a Dios que encuentro un compañero con quien hablar ! Tal como me ves, amigo trompo, mi cuerpo es de corcho de España, y estoy forrada de tafilete. Me cosieron las bellas manos de una señorita. Y si lo dudas, no tienes más que examinarme un poco y te vencerás. Hace algún tiempo estuve en vísperas de casarme con una golondrina, pero, por desgracia, me tiraron a un canalón donde he estado durante cinco años recibiendo las inclemencias del tiempo. ¡ Mira qué hinchada y fea me ha puesto la lluvia ! Cree que he sufrido lo indecible allá arriba, porque soy una señorita de muy buena familia.

El trompo no contestó ni una palabra, como si no hubiese oído. Recordaba su antiguo amor por la pelota y, desde luego, estaba seguro de que la que le hablaba era la misma por la que él había suspirado.

A la sazón llegó la criada para tirar la basura y al ver el trompo dió un grito de alegría, exclamando luego :

—¡ El trompo de los niños !

Lo cogió y fué a llevárselo, de manera que el juguete recobró su antiguo esplendor. En cuanto a la pelota estaba tan fea, que fué arrojada a la calle.

No hay necesidad de añadir que el trompo no volvió a hablar nunca más de su amor por la pelota, porque, al verla por última vez, sintió tal repugnancia ante su asqueroso aspecto, que se curó radicalmente de su pasión.



Lo cogió y fué a llevárselo...

EL ESCARABAJO

LOS herradores del palacio iban a herrar al caballo favorito del emperador y es preciso añadir que a tan noble y querido animal no le ponían herraduras de hierro, sino de oro puro. Merecía, en realidad, tal honor, porque era un soberbio animal, de finísimas piernas, grandes ojos, dulces e inteligentes y sedosas crines que llevaba casi arrastrando. Además de todo eso, había llevado a su señor a través de una granizada de balas y de nubes de pólvora. Era muy valiente y oía el estruendo de la batalla con la mayor impasibilidad, y, por si todo eso fuera poco, en cierta ocasión en que el emperador iba a caer prisionero del enemigo, dió un salto extraordinario y llevó a su amo al amparo de las fuerzas amigas. Ya se ve, pues,

que merecía sobradamente que le pusieran herraduras de oro.

En la cuadra había un escarabajo que contempló atentamente la operación y en cuanto vió que los herradores habían terminado, se adelantó hacia los operarios y presentándoles sus patitas, les dijo :

—Después de los grandes llega el turno de los pequeños. No es eso muy justo, pero, en fin, es la costumbre.

—¿Qué quieres?—le preguntó un herrador.

—Unas herraduras de oro—contestó el escarabajo.

—Seguramente estás loco, amigo—exclamó el hombre.

—Digo que las quiero—insistió el escarabajo—. Los merezco tanto como el caballo, pues si éste tiene el pelaje brillante es porque lo almohazan y en cambio yo, sin dar molestia a nadie, brillo de un modo extraordinario. Además, también formo parte de las cuadras de Su Majestad.

—Pero ¿no sabes por qué ha merecido el caballo llevar herraduras de oro?—le preguntó el hombre.

—Lo que sé, es que me insultas—replicó el insecto—y, por lo tanto, desde este momento abandono el servicio del emperador y me marcho a correr mundo.

—¡Qué tengas feliz viaje!—exclamó riendo el herrador.

—¡Eres un villano miserable!—le contestó el escarabajo.

Y, desplegando las alas, salió volando por la ventana para ir a detenerse en un jardín lleno de rosas y de claveles.

—Este es un sitio delicioso—dijo un catareto ocupado en plegar sus alitas rojas con manchas negras—. ¡Qué hermosos colores tienen las flores y qué deliciosos perfumes exhalan!

—Estoy acostumbrado a cosas mucho mejores—le contestó el escarabajo—. ¿Os parece esto delicioso y no hay ni siquiera rastro de estiércol? ¡Por fuerza debéis de estar loco!

Y se marchó volando y fué a posarse al lado de una oruga.

—¡Qué hermoso es el mundo!—exclamó ésta—. El sol presta alegría a todo. Y lo mejor es que un día, después de largo sueño, despertaré convertida en mariposa.

—¡Qué pretensiones son éstas?—gruñó el escarabajo—. Un bichejo como tú que apenas puede arrastrarse, tiene la pretensión de convertirse en mariposa?—Estás loca! En mi casa, en las cuadras imperiales, ni siquiera al caballo favorito del emperador, que lleva herraduras de oro, se le ha ocurrido el deseo de tener alas. Hay que nacer con ellas, amiguitas y no hay medio de ponérselas luego. ¿Y tú dices que quieres volar? Eres una idiota. Mira, mira lo difícil y gracioso que es mi vuelo y así te harás cargo de que para ello se necesitan muchas más cosas de las que tú tienes.

Dichas estas palabras abrió las alas y se alejó en pesado vuelo y zumbando como de costumbre. Fué a posarse en una alfombra de hierba y después de rezongar un poco contra la excesiva presunción de algunos animales, se quedó dormido.

Mientras tanto descargó una tempestad y empezó a llover copiosamente. El escarabajo se despertó asustado y por más que trató de refugiarse bajo tierra no lo pudo lograr, sino que, por el contrario, se vió arrastrado por las

corrientes de agua y sólo se salvó gracias a que pudo agarrarse a una piedra.

Después de haberse librado de algunas gotas de agua que le impedían ver claro, distinguió una cosa blanca y hacia ella se dirigió para resguardarse. Era una sábana que habían puesto a secar sobre la hierba. El escarabajo se refugió en un pliegue, pero como estaba muy húmeda se sintió incómodo, echando de menos el suave calor de que disfrutaba en la cuadra.

Por la noche volvió a llover, de manera que el pobre escarabajo, al día siguiente, estaba completamente mojado y sentía mucho frío; así, pues abandonó su refugio echando pestes contra el clima.

Dos ranas estaban, por el contrario, haciendo extraordinarios elogios del tiempo lluvioso.

—Hace un día magnífico—decía una—. ¡Qué frescura por todas partes! ¡Esto es una delicia!

—Tiene usted razón—le contestó su compañera—y estoy segura de que la misma golondrina que va a los más remotos países, no habrá hallado ninguno que tenga tan excelente clima

como el nuestro. La verdad es que podemos estar muy satisfechas de nuestra tierra.

—De otro modo hablaríais—les dijo el escarabajo tomando parte en la conversación—si hubieseis estado en la cuadra imperial. Allí sí que el aire es húmedo y está saturado de deliciosos perfumes. Aquello si que es bueno. Y, a propósito, vosotras, que conocéis este lugar, ¿queréis decirme si hay algún montón de estiércol en que una persona distinguida como yo pueda alojarse decentemente?

Las ranas o no entendieron lo que les preguntaban o no quisieron hacer caso de tan minúsculo personaje. El escarabajo se ofendió por tanto desdén y se alejó volando hasta llegar a un tiesto roto y vuelto hacia el suelo que el jardinero había olvidado retirar, con grande alegría de una familia de tijeretas que le ocupaban por entero. Las más jóvenes jugaban corriendo y persiguiéndose, en tanto que sus madres se dedicaban a hacer resaltar los méritos de su prole respectiva.

—No puedo ponderar—decía una—lo bueno que es mi hijo y lo amablemente que se conduce siempre. Estoy segura de que ha de hacer

carrera y, por lo menos, lo creo destinado a introducirse un día en el oído de un obispo.

—¿Y el mío?—exclama otra madre—. Ayer salió del huevo y vedle ya cómo corre de un lado para otro. ¡Qué viveza! ¡Qué gracia! ¿No es verdad, señor escarabajo?

—Sí, las dos tenéis razón—les contestó éste para dejarlas contentas, pues como criado en la corte estaba al corriente de sus prácticas adulatoras.

Las madres le invitaron a permanecer con ellos y el escarabajo aceptó, pero los pequeñuelos, con gran contentamiento de las madres, lo rodearon y le hicieron cosquillas con sus pinzas, cosa que molestó mucho al escarabajo, más que por otra cosa por la falta de respeto que suponía. Por eso preguntó si por allí había algún estercolero.

Le indicaron uno y allá se dirigió, encontrando gran número de escarabajos que le dieron la bienvenida.

—Estamos muy bien aquí—añadieron—y esperamos que nos dispensaréis el honor de pasar algún tiempo con nosotros. Parece que llegáis algo cansado.

—En efecto—contestó el escarabajo—no puedo negar que me ha fatigado mucho el viaje. Me ha caído toda la lluvia encima y ya sabéis que una de las cosas más perjudiciales para nosotros es la limpieza. Luego he recibido una corriente de aire que me ha dejado un poco de reuma en el ala izquierda. Pero al hallarme entre vosotros me sirve de compensación y ya casi no siento nada. Es una fortuna poder alternar con nuestros semejantes.

—¿Habitábais en algún estercolero?— le preguntó un viejo.

—No—contestó nuestro héroe—, vengo de un lugar más distinguido; nada menos que de las cuadras del emperador. He de deciros que nací con zapatos de oro, pero ahora no los llevo porque mi señor me ha mandado con una misión secreta. Os ruego que no me preguntéis nada sobre ella, porque no puedo faltar a la confianza que en mí ha depositado el soberano.

Estas palabras sirvieron para que le hicieran objeto de grandes honores y le propusieron que se casara con una de las hijas de la familia. El escarabajo aceptó, pero aprovechó la noche para escaparse y librarse de tal enlace.

Cuando más descuidado estaba, se sintió cogido por una mano perteneciente a un joven que paseaba con su maestro. El primero hizo una descripción científica del escarabajo y propuso llevarlo a casa para disecarlo, pero el profesor hizo notar que ya tenían ejemplares más hermosos. El escarabajo que oyó estas últimas palabras, las consideró una impertinencia y tendió el vuelo cuando vió que la mano del joven quedaba abierta.

Por fortuna llegó a un invernadero, en donde halló un gran montón de estiércol fresco y en él se enterró con delicia para dormir. Soñó que el caballo del emperador se había muerto, legándole sus herraduras de oro.

Al despertar examinó el lugar y lo halló tan de su gusto, que resolvió quedarse. Pero apenas acababa de formar este proyecto, cuando se apoderó de él el hijo del jardinero y dirigiéndose a un estanque, se dispuso a divertirse un rato. Puso al escarabajo dentro de un zueco que metió en el agua, no sin haber atado al pobre animal con un hilo para que no pudiera escapar.

Pero, cuando más entretenido estaba el chico, lo llamó su padre y tuvo que marcharse

dejando al escarabajo abandonado a su suerte.

El navegante a su pesar había oído hablar del mar y no tuvo duda alguna de que estaba en él, lo cual le ocasionó un miedo espantoso. El viento empujaba al zueco a través del estanque, pero antes de que tocase tierra varió de dirección y por fin lo dejó inmóvil en el centro de aquel océano. El pobre escarabajo hizo esfuerzos para emprender el vuelo, pero no pudo lograrlo porque estaba atado al zueco. Una libélula que pasó, figurándose que el preso se había embarcado por su gusto, le dirigió la palabra para felicitarle, pero el escarabajo le contestó con un bufido y la llamó estúpida, por no haber advertido que estaba allí a pesar suyo.

—No hay duda de que mi vida ha sido muy accidentada—se decía el escarabajo—. He corrido muy curiosas aventuras, pero el mundo no es digno de conocerlas. Además, si mi sino es el morir en este mar, el mundo pagará cara su ingratitud, pues conmigo habrá perdido su mejor adorno.

Mas, por suerte suya, se salvó, gracias a que pasó por su lado una lancha tripulada por dos jovencitas, que, al verlo atado, se compadecie-



Se compadecieron de él y lo llevaron a la orilla...

ron de él y lo llevaron a la orilla, para darle la libertad. El ni siquiera dió las gracias, sino que se apresuró a huir y por fin, derrengado, se metió por la ventana de un gran edificio y fué a caer precisamente encima de las crines del cuello del caballo favorito del emperador, en la misma cuadra que abandonara al día anterior.

Al darse cuenta del lugar en que se hallaba, exclamó :

—¡ Caramba ! Es el caballo favorito del emperador. Y no hay duda de que lo monto con la misma gallardía que Su Majestad. Ahora comprendo por qué este caballo ha merecido llevar herraduras de oro. Antes no podía explicármelo, pero ahora veo claramente que si lleva tales herraduras, es solamente para honrarme a mí cuando se me ocurra montarlo.

El escarabajo se sintió lleno de orgullo y de satisfacción.

—Estas son las ventajas que reporta el viajar—se dijo—. No hay duda de que se pasan muy malos ratos y muchos disgustos, pero se regresa de ellos con la inteligencia mucho más despejada.

EL PATITO FEO

EL campo estaba muy hermoso. Reinaba el verano y las rubias espigas del trigo que estaba en montones en el prado contrastaban con la verde avena y el heno, que perfumaban el ambiente. Las cigüeñas de largas patas cruzaban la campiña hablando en egipcio que conocían perfectamente por haberlo aprendido de sus antepasados. En torno de los campos y praderas se extendían los bosques y el sol reflejaba sus rayos en la superficie de un estanque.

En tan lindo paisaje se levantaba un viejo castillo rodeado de profundos fosos llenos de agua y cuyos muros desaparecían tras la hiedra que los cubría. Y en una hendedura de aquellos muros estaba el nido de un pato hembra, la

cual se impacientaba deseando que se abriesen los huevos y salieran los polluelos, pues ya estaba cansada de la soledad en que la dejaban sus comadres.

Por fin se abrió un huevo, sonó un *píp píp* y asomó una cabecita de pato. Al día siguiente otro polluelo hizo lo mismo y luego un tercero y muy pronto progresaron tanto, que fueron ya capaces de decir *rap rap*, asomando, muy asombrados, su cabeza por entre el follaje que rodeaba su nido.

—¡Qué grande es el mundo!—dijeron al ver que se hallaban en un lugar más ancho que el cascarón del huevo.

—¿Creéis—les dijo su madre—que todo lo que veis es el Universo? Os equivocáis, porque el mundo se extiende, por lo menos, hasta más allá del jardín, hasta la iglesia. Pero ahora veamos si habéis salido todos del huevo—añadió levantándose—. Pero no, todavía veo que el huevo mayor está sin abrir. Ya empiezo a estar cansada de tanto empollar.

Y, aunque de mala gana, volvió a echarse sobre el huevo.

—¿Cómo va eso?—preguntó un ánade vieja que fué a hacer una visita a la pata.

—Muy mal. Hay uno de mis huevos que no quiere abrirse—contestó la interpelada—. En cambio los polluelos son una monada. Son el retrato del pillo de su padre, el cual no se ha acercado todavía a verlos.

—Mostradme ese huevo que no se ha abierto aún—dijo la vieja.

La pata lo puso al descubierto y la vieja, después de haberlo examinado, le dijo :

—No es de pata sino de pava. A mí me engañaron una vez poniéndome huevos de pava para empollar. Primero me costó mucho que se abrieran y luego, cuando ya habían nacido los pollitos, no hubo manera de llevarlos al agua, porque no querían entrar en ella. Yo, en vuestro lugar, lo dejaría sin ocuparme más en él.

—Ya lo he empollado tantos días—contestó la madre—que seguiré un poco más.

—Perderéis el tiempo—le dijo la vieja.

Por último se abrió el huevo y salió de él, piando, un pato muy grande, muy feo y mal formado.

—¡Qué feo es!—exclamó la madre al verlo—. No se parece en nada a los otros. ¿Será un polluelo de pavo? Pronto lo veré. Llevaré a todos mis hijos al agua y si éste no entrara de grado, lo arrojaré a ella por fuerza.

A la mañana siguiente y en vista de que el tiempo era muy bueno, la madre salió con toda su pollada en dirección a uno de los fosos. Ella se echó al agua y todos los polluelos la siguieron sin la menor vacilación, moviendo de prisa las patitas y, aparentemente, muy satisfechos. Y el patito feo, de color gris, también nadaba como sus hermanos.

—No hay duda de que no es polluelo de pavo—dijo la madre—. No hay más que ver cómo mueve las patas y qué bien nada. Es mi hijo. Y, bien mirado, no es tan feo como parece a primera vista. *Rap rap*, ahora seguidme, hijos míos, que iremos al gran estanque y os presentaré. No os alejéis de mi lado y tened mucho cuidado con el gato.

Cuando llegaron había grande algaraza en el estanque, porque dos grupos de patos se disputaban a picotazos una cabeza de anguila y cuando más empeñados estaban todos en alcan-

zarla, llegó el gato que parecía estar dormido, y alargando la zarpa se apoderó de la presa.

—Fijaos bien, hijos míos—dijo la pata a sus polluelos—. Este es el mundo. Mientras unos se afanan en conseguir algo, viene otro y se lo lleva. Ahora saluda a aquel pato que llega; es de raza española. Lleva en la pata una cinta colorada a fin de que la cocinera pueda conocerlo siempre y no se lo lleve, por equivocación, a la cocina para asarlo. Echad los pies hacia afuera, como yo, porque es de mal gusto meterlos para adentro.

Los polluelos obedecían las indicaciones de su madre y así llegaron hasta situarse entre los demás patos.

—¡Otra nueva pollada!—exclamó uno de ellos—. ¡Como si no fuésemos bastantes a comer!

—¡Y no hay derecho a traer aquí un pato tan feo!—gritó otro al divisar al patito feo.

Y, sin añadir palabra, se le echó encima y le dió varios picotazos en el pescuezo.

—¡Déjalo, tunante!—gritó la madre—. Me parece que no te ha hecho daño alguno.

Mientras tanto se había aproximado el pato

español, el que llevaba la cinta roja en la pata, y dirigió algunas alabanzas a los polluelos, pero añadió que era una lástima que el pato feo tuviera un aspecto tan desgarbado y el plumaje gris y ordinario.

La madre lo defendió, diciendo que, a pesar de todo, tenía muy buen carácter y que, como era macho, la belleza tenía poca importancia.

—Bueno, bueno—dijo el pato español—yo no tengo nada que objetar. Sean bienvenidos todos. Y recomendadles que si encuentran alguna golosina, no se olviden de ofrecérmela. Ya sabéis que soy el jefe de todos y quiero que me respeten.

Todos los polluelos fueron bien acogidos, pero el pobre patito feo se granjeó la antipatía general, y así tuvo que sufrir toda suerte de ataques y picotazos. Un pavo que lo divisó, se puso furioso y emprendió su persecución; por fortuna el patito feo se echó al agua y dejó a su enemigo en la orilla, rojo de indignación y graznando.

El pobre patito feo no tenía un momento de tranquilidad. Durante todo el día no podía pen-

sar otra cosa que defenderse de los continuos ataques de que era objeto y por la noche el recuerdo de tantos sustos no le dejaba dormir. Sus hermanos se burlaban y lo insultaban a cada paso y hasta su misma madre, contagiada por el proceder de todos, le dirigía miradas de ira y terribles maldiciones.

Por último, incapaz de soportar por más tiempo todo aquéllo, huyó. Volando torpemente llegó a un pantano y allí encontró algunos ánades que lo recibieron bastante bien, aunque sin olvidarse de decirle que era lo más feo que hasta entonces habían visto, pero, por lo demás, no le hicieron daño alguno.

Con ellos pasó algunos días tranquilo, hasta que, en una ocasión, y cuando menos lo esperaban, resonaron varios disparos de arma de fuego y cayeron muertos algunos ánades. Bien pronto aparecieron los perros y uno de ellos se vió frente a frente del patito feo, el cual creyó llegada su última hora. Pero el can husmeó al pobrecillo y pasó de largo sin hacerle daño alguno.

—Sin duda no me ha mordido al ver que soy demasiado feo—pensó el patito—. Menos

mal que, por esta vez mi fealdad me ha salvado la vida.

Mas, desconfiando, sin embargo, se ocultó entre los cañaverales del pantano y esperó a que acabase la cacería que duró todo el día.

Huyó luego y a la noche llegó a una cabaña tan vieja que apenas podía sostenerse y hallando un agujero metióse en ella para resguardarse del viento que soplaba. Dentro vió que vivía una vieja con un gato y una gallina. El gato, a quien la vieja quería mucho, sabía arquear su lomo, roncar de satisfacción y despedir chispas cuando, en la obscuridad, lo acariciaban a contrapelo. En cuanto a la gallina ponía excelentes huevos y también la vieja la quería extraordinariamente.

Hasta el amanecer no descubrieron los tres habitantes de la cabaña la presencia del intruso. Entonces el gato se agazapó, preparado a todo, y la gallina cacareó.

—¿Qué hay?—preguntó la vieja.

Y descubriendo al fugitivo, se figuró que sería una pata y se alegró de su buena suerte, pues creyó que también le daría huevos. En esta idea trató bien al pato, el cual, pasó allí



Empezó a tratarlo mal...

algún tiempo, el más feliz de su vida. Pero cuando, después de tres semanas, la vieja vió que no ponía ningún huevo, empezó a tratarlo mal.

La gallina se daba mucha importancia y siempre estaba aconsejando al patito feo. Cuando éste se permitía la libertad de contradecirla, aquélla se encolerizaba y preguntaba :

—¿Sabes poner huevos?

—No—contestaba el patito.

—Pues entonces cállate, porque no eres nadie.

Y el gato también le preguntaba :

—¿Sabes arquear el lomo, roncar de satisfacción o despedir chispas?

—No—contestaba el patito muy compungido.

—Pues siendo así, cállate, porque no puedes tener opiniones. Conténtate con escucharnos y aprender de nosotros.

Y el patito obedecía. Un día sintió grandes deseos de bañarse y consultó el caso con la gallina.

—Todo eso son manías propias de quien se pasa la vida sin hacer nada útil—le dijo la ga-

llina—. Pon huevos o arquea el lomo y verás cómo te pasan esas ideas estrafalarias.

—Sin embargo, es muy agradable echarse al agua de cabeza y nadar un poco—objetó el patito.

—Estás loco de remate—repuso la gallina—. Pregunta, si quieres, al gato, que es el ser más razonable que conozco y él te dirá si le gusta echarse al agua. En cuanto a mí, ya te digo que lo encuentro disparatado. También puedes preguntarlo a nuestra ama. Por lo menos te aseguro que nunca la he visto zambullirse en el agua.

—Veo que no me comprendéis—exclamó el patito con amargura.

—¿Tendrás la pretensión de ser más listo que cualquiera de nosotros?—preguntó la gallina—. Lo que debes hacer es tomar ejemplo y convencerte de que en el mundo no hay más que dos cosas de provecho: poner huevos como yo, o arquear el lomo como el gato. Todo lo demás son tonterías.

El patito, en vista de que no podía hacerse comprender, resolvió huir y así lo hizo. Fué a un pantano y allí vivió sólo hasta llegar el in-

vierno, que fué cruelísimo. El patito pasó una temporada horrible.

Un día vió pasar por el aire, volando, unas aves hermosísimas. Eran cisnes. El patito las miró experimentando una sensación desconocida y sintiendo inexplicable atracción por ellas. Contempló su paso, admirado y luego se quedó muy triste en su pantano.

El frío era cada vez mayor. Y se heló el pantano y un día quedó preso en el hielo, donde habría perecido, de no haber sido descubierto por un labriego que lo sacó de tan apurada situación y se lo llevó a su casa, en donde le entregó a su mujer. El calor lo reanimó, pero cuando los niños quisieron jugar con él, se asustó y quiso huir. Mas tuvo tan mala fortuna que, al hacerlo, derribó el jarro de la leche, se metió luego en un barril de harina y, perseguido por el ama de la casa, salió y se ocultó en un matral.

Acabó, por último, el largo y helado invierno, fuente de grandes miserias para el patito. Este había crecido mucho. Sus alas eran ya fuertes y un día emprendió el vuelo, hasta llegar

a un hermoso estanque rodeado de flores. ¡ Qué hermoso lugar !

De pronto descubrió tres cisnes que majestuosamente nadaban en el estanque. Sintióse sobrecogido, como la otra vez, por extraña simpatía hacia aquellas hermosas aves y movido por un sentimiento inexplicable, se dijo :

—Voy a acercarme a esas magníficas aves. Tal vez me maten por mi atrevimiento, pues mi fealdad es extraordinaria. Pero prefiero que me maten ellas que sufrir en el mundo más desprecios y más humillaciones.

Y se echó al agua para ir al encuentro de los cisnes, los cuales, al verlo, se acercaron a él moviendo las alas.

—Ahora van a matarme—pensó el pobrecillo, inclinando la cabeza.

Pero al hacer ese movimiento vió su figura reflejada en la líquida superficie y entonces, con el mayor asombro, se dió cuenta de que ya no era el pato feo que tal desprecio y repugnancia había causado a todos, sino un precioso cisne, de hermoso plumaje y de figura arrogantísima.

Al descubrir aquella mudanza, el cisne sin-

tió inefable felicidad, aumentada, todavía, por el recuerdo de sus pasadas miserias. Mientras tanto, los demás cisnes le rodeaban, acogiéndolo amistosamente y acariciándolo con sus picos.

Algunos niños se acercaron al estanque y el más pequeñito de ellos, gritó :

—¡ Hay otro cisne !

—Sí, sí, es verdad—exclamaron sus hermanos palmoteando de alegría.

Luego fueron a dar la noticia a sus padres y regresaron a los pocos minutos con pan y otras golosinas para las hermosas aves.

El nuevo cisne se sentía dichoso en extremo y hasta algo avergonzado por tanta felicidad y por su belleza. Echó a nadar graciosamente y mientras tanto, pensaba :

—¡ Cómo habría podido llegar a imaginar mi actual felicidad en los tiempos en que no era más que un patito feo !

The first thing I noticed when I stepped
 out of the car was the smell of
 fresh air. It was a relief after
 being stuck in traffic for hours.
 I took a deep breath and felt
 the sun on my face. It was
 a beautiful day, and I was
 finally free. I walked towards
 the park and saw a group of
 children playing. They were
 laughing and running around.
 I smiled and watched them for
 a while. It was a nice
 change of pace. I had never
 seen them before, but they
 seemed so happy. I walked
 towards them and they all
 looked up at me. I smiled
 back and they ran towards
 me. They were all excited
 to see me. I picked up one
 of the children and they
 all hugged me. It was a
 wonderful moment. I had
 never felt so loved before.
 I walked back to the car
 and they all waved goodbye.
 I felt sad to see them go,
 but I knew I had to go.
 I drove home and thought
 about the children. They were
 so happy and so full of life.
 I had never seen them before,
 but they had made a big
 impression on me. I was
 glad I had met them and
 that I had been able to
 spend some time with them.
 I was glad I had met them
 and that I had been able to
 spend some time with them.
 I was glad I had met them
 and that I had been able to
 spend some time with them.

ALGO

ERANSE cinco hermanos, y un día, el mayor de ellos, dijo a los otros tres :

—Yo quiero ser algo, quiero ser útil en el mundo. Voy a ser ladrillero y aunque es oficio humilde, como los ladrillos son necesarios para los hombres, ocupándome en hacerlos llegaré a ser útil y no hay duda de que serviré de algo.

—Tienes razón en lo que acabas de decir— replicó el segundo hermano—pero con poca cosa te contentas. Hacer ladrillos es casi nada. Yo prefiero ser albañil, porque ya es oficio más importante. Seré maestro, andando el tiempo, artesano considerado y tendré oficiales a mis órdenes, y a mi mujer la llamarán la señora maestra. Esto sí que es ser algo.

—Pero no serás más que un pobre albañil— objetó el tercer hermano—. Aunque llegues a maestro, no pasarás de ser obrero, sin sobresalir del vulgo. Yo seré arquitecto. No tendré que trabajar con mis manos, sino que bastará que lo haga con la inteligencia y el arte. No hay duda de que el aprendizaje será pesado y duro, porque tendré que empezar a aprender el oficio de carpintero y todos los oficiales me tratarán mal. Me tutearán, tendré que ir a comprar cerveza y aguardiente para ellos, pero me forjaré la ilusión de que todo es una broma de carnaval o el mundo al revés por una temporada. Y cuando yo llegue a oficial, ingresaré en la Academia de Bellas Artes, aprenderé dibujo y así llegaré a arquitecto. Cuando me escriban, pondrán en el sobre : «*Al Ilustre Señor Don Fulano de Tal*» y hasta, quién sabe, si me tratarán de *Excelentísimo Señor* pues de menos nos hizo Dios. Y yo, mientras tanto, construiré casas, una tras otra y al tiempo, me ganaré una fortuna. Creo que convendréis conmigo en que eso es algo.

—Poco me parece a mí—le dijo el cuarto hermano—y casi estoy por decir que nada. Yo

no quiero copiar a nadie, sino que voy a tener originalidad. Seré un genio creador o inventor ; imaginaré un nuevo estilo arquitectónico ; levantaré planos de casas apropiadas a los diversos climas, a los materiales que en ellos se encuentren, a las costumbres de cada pueblo y hasta de acuerdo con la respectiva civilización. Y a los pisos que se acostumbra construir, añadiré otro que llevará mi nombre para que se haga famoso.

—Nada harás de provecho si los materiales de que te valgas no son buenos—exclamó el quinto hermano—. Es muy difícil basar una conducta o un arte en todo eso que has dicho de civilización, clima y costumbres, porque son conceptos poco definibles y que fácilmente pueden hacer incurrir en error. Por lo que acabo de oír, veo que ninguno de vosotros llegará a ser gran cosa. Para ser algo, lo que se llama algo, es preciso situarse en un plano superior al de la generalidad. Vosotros, construid, trabajad, inventad. Yo no haré nada de eso, sino que me contentaré con criticar vuestras obras, juzgándolas y alabándolas o condenándolas, según merezcan. Nada existe perfec-

to y así siempre veré en cuanto hagáis su lado flaco y lo pondré en evidencia, hablando de ello con la autoridad de mi superior conocimiento. Así seré yo lo que, verdaderamente, puede calificarse de algo.

Y así le hizo y con éxito. La gente lo consideraba muchacho despierto, pero se lamentaba de que no produjera nada, aunque hay que añadir que, precisamente, lo consideraban porque no producía cosa alguna. Esta es una gran verdad y lo ha sido desde que el mundo es mundo.

Y ahora veamos qué fué de los cinco hermanos. Su historia es, en verdad, interesante.

El mayor se dedicó a ladrillero y observó que por cada ladrillo que hacía le daban una moneda de cobre y que cuando había reunido algunas de esas monedas, se las cambiaban por una de plata. No hay que decir que cuando se posee un escudo se abren por sí solas las puertas del panadero, del carnicero y de cuantas tiendas venden cosas útiles para la vida. Ese fué el producto que sacó de los ladrillos. Es verdad que algunos, por mal cocidos o por otra

causa, se rompían, pero aun de esos se podía sacar partido, según veremos.

Había una pobre mujer, vieja y sin amparo de nadie, aunque bastante inteligente. Quiso construirse una cabaña sobre el dique que contenía las aguas del mar. Pidió al ladrillero que le facilitase los materiales y él consintió en darle los ladrillos rotos, y hasta a veces algunos enteros, porque era hombre de muy buen corazón.

La pobre mujer pudo así construir la cabaña que era muy baja de techo. La ventana estaba desnivelada y la puerta no era muy alta. El tejado era de bálago, mas, a pesar de todos esos defectos, constituía un excelente abrigo y estaba dotado de magníficas vistas sobre el mar, cuya inmensidad se descubría fácilmente a través de la ventana. Y mucho tiempo después de la muerte del ladrillero todavía existía la barraca.

El segundo hermano, que se había dedicado al oficio de albañil, sabía construir casas mejor que la pobre vieja, pues había aprendido bien el arte. Cuando se hizo oficial quiso viajar y aprender a construir casas en varias partes.

Hizo su equipaje y se dedicó a recorrer mundo.

A su regreso fué maestro y construyó muchas casas, una al lado de otra; hasta hacer una calle. Y con el beneficio que obtuvo en esos trabajos, pudo, por fin, construirse una casa para él, que no era la menos hermosa de todas. Es verdad que no era muy grande y que en cuanto a lujo no podía ser mencionada, pero lo cierto es que en ella se vivía muy bien y que cuando se casó y fué a habitarla en compañía de su mujer, el edificio albergó una pareja feliz en extremo. En la fachada había pintado la insignia del gremio y en todas partes el maestro albañil fué considerado como merecía. No hay duda, pues, de que éste fué algo.

El tercer hermano, después de haber pasado su aprendizaje de carpintero, de llevar gorra muchos años y desempeñar todos los encargos que le hacían los oficiales, entró en la Academia de Bellas Artes y tras larga labor alcanzó el título de arquitecto. Y, como previera, cuando le escribían, en el sobre ponían: *Al Excelentísimo e Ilustrísimo Señor Don Fulano de Tal.*

Ya sabemos que la calle que edificó el segundo hermano, le granjeó una casa, pero conviene

añadir que el nombre de esta calle fué el del tercer hermano, porque la mejor casa que había en ella le pertenecía. Se casó con una dama distinguida, y sus hijos fueron considerados como hidalgos. Después de su muerte su nombre siguió figurando en la calle y todo el mundo lo conocía. Este sí, pues, que llegó a ser, realmente, algo.

En cuanto al cuarto hermano, el que pretendía crear estilos nuevos y originales, adornar las casas con otro piso que había de hacer su nombre imperecedero, no pudo lograr su objeto. Por el contrario, tuvo la desgracia de que cuando construía aquel nuevo piso, se cayó y se fracturó el cráneo. Su entierro fué magnífico, y a él concurrieron las autoridades, la banda de música de la ciudad y un cortejo imponente. Junto a su tumba se pronunciaron magníficos discursos y hasta los periódicos se publicaron con una orla de luto al dar cuenta de su muerte. Mucho habría gozado viendo los honores que le tributaban, pero no pudo porque ya había pasado a mejor vida. En fin, le dedicaron un magnífico monumento y no puede negarse que eso fué algo.

Ya habían muerto los cuatro hermanos y sobrevivía el quinto, el hablador. Siempre tenía empeño en decir la última palabra en todas las cuestiones. Como ya hemos dicho antes, conquistó la fama de hombre inteligente, aunque no hacía más que juzgar las obras ajenas. La gente decía que tenía gran talento, pero ¿llegó a ser algo?

Por fin llegó su última hora y una vez hubo exhalado el último suspiro se presentó a las puertas del cielo, por las que las almas entran siempre de dos en dos.

Casualmente esperaba junto a la puerta una pobre alma que deseaba entrar y no era otra que la de la pobre anciana que se construyera la cabaña junto al mar con los ladrillos rotos que le regaló el mayor de los hermanos.

—¡Es un contraste extraordinario!—se dijo el crítico al llegar viendo a la pobre vieja—. No comprendo por qué debo presentarme al mismo tiempo que esa alma miserable. Quién sois, buena mujer, para pretender la entrada en la gloria?

La pobre anciana inclinó humildemente la

cabeza, al sentirse interrogada, tal vez figurándose que le preguntaba un santo del cielo.

—No soy más que una pobre vieja, sola y sin familia—contestó—Me llamaban en la tierra la vieja Margarita de la cabaña del dique.

—¡Ya!—exclamó el crítico dándose importancia—. ¿Y qué habéis hecho en el mundo que os permita abrigar la esperanza de que podréis entrar en el cielo?

—No sé, verdaderamente, que responderos, señor— le contestó la cuitada—. No he hecho nada que merezca que se me abran las puertas de la gloria, lo confieso francamente. Y si alcanzo la fortuna de que me permitan deslizarme sin ser vista, me consideraré muy feliz.

—Y, cómo moristeis?—le preguntó el crítico con objeto de entretenerse con la conversación, pues ya se impacientaba al ver que no acudía nadie a recibirlo.

—Casi no lo sé—le contestó la anciana—Durante los últimos años de mi vida estaba muy enferma y vivía en la mayor miseria. Salí del lecho de paja en que reposaba, me asomé al exterior de mi cabaña y sin duda el frío debió de matarme.

Ya sabrá vuestra excelencia—continuó la anciana—que el último invierno fué muy riguroso. Por fortuna ya no he de temer sus molestias. Durante algunos días dejó de soplar el viento, pero el frío era vivo como nunca, hasta el punto de que el mar estaba cubierto por espesa capa de hielo.

Le gente de la ciudad fué a patinar sobre aquella superficie tan lisa. Otros montaban trineos arrastrados por caballos, mientras los demás bailaban o se divertían. Hasta llegaron a instalar algunas tiendas de campaña y había mesas de bebida y de comida, música y mucha alegría y bullicio.

La diversión duró hasta muy entrada la noche y cuando salió la luna noté que a pesar de ser muy clara, no tenía el brillo acostumbrado. Luego, desde mi cabaña, descubrí en el horizonte una nubecilla de mal agüero, porque en el centro tenía un puntito negro que iba creciendo. Como había vivido allí muchos años, sabía lo que significaba todo aquello y entonces temí por toda la pobre gente que se divertía en el hielo, sin sospechar el más pe-

queño peligro, aunque estaba próximo y era muy temible.

Otras dos veces, en años anteriores, había observado lo mismo y en ambas estalló la tempestad y la marea rompió el hielo que se había formado sobre el mar. No había duda para mí de que todas aquellas personas que estaban tan contentas iban a perecer sin remedio y comprendí que era necesario avisarles. ¿Quién podría hacerlo? ¿Cómo podría librárseles de la muerte que tan cerca tenían?

Así me preguntaba yo, llena de angustia por todas aquellas vidas que veía en tremendo peligro. De pronto sentí que mis fuerzas aumentaban y agitada por mi deseo de salvarlos salté del lecho y me asomé a la ventana, pero no pude hacer más, porque de pronto volvió a apoderarse de mi la debilidad.

Abrí los postigos completamente y ví que la gente se divertía de lo lindo sobre el hielo. Todos bailaban, cantaban o patinaban. Y mientras tanto la nube había aumentado de tamaño y el punto negro era ya una mancha siniestra.

Grité con todas mis fuerzas, pero fué un vano, porque nadie me oyó. Estaban demasiado le-

jos. La tormenta estaba a punto de estallar y no había salvación para tantas vidas. ¡Era horrible!

Grité otra vez, pero también inútilmente. Quise ir hacia donde estaban, pero no pude moverme. ¿Cómo lo haría, Dios mío, para llamar su atención?

De pronto Dios me inspiró una buena idea, la de incendiar mi cabaña para ver si así podía salvar a tantas personas. Sin perder momento prendí fuego a la paja de mi lecho y luego arrasándome, salí a la puerta. Estaba derrengada por el esfuerzo.

Sin embargo, el fuego crecía y ya había hecho presa en la cabaña entera, de modo que, en realidad, era como un faro que debía advertir a los que entonces se divertían.

Se dieron cuenta de que ardía mi cabaña y todos, sin excepción, acudieron para salvarme, pues se figuraron que estaba expuesta a morir abrasada. Yo oía claramente el ruido de sus pasos y cuando ya estaban en tierra resonó como un trueno sordo y luego numerosos estampidos parecidos a cañonazos. El hielo se estaba rompiendo, impulsado por la marea, pero ya



Un ángel tomó de la mano a la pobre anciana...

no había nadie allí, porque todos estaban en tierra y en dirección a mi cabaña.

En cuanto a mí, el miedo que pasé por aquella gente, los esfuerzos que hice para salvarles y el frío, me causaron la muerte. Así he llegado a las puertas del cielo, atreviéndome a tomar este camino, porque en la tierra oí decir que, a veces, permiten la entrada a pobres criaturas como yo, que nada han hecho en el mundo. No sé que será de mí. ¿Creéis, señor, que me permitirán entrar?

Apenas acababa de pronunciar estas palabras, cuando se abrieron de par en par las puertas de la gloria y un ángel tomó de la mano a la pobre anciana y la hizo entrar. Una brizna de paja que se desprendió del pobre traje, procedente del lecho que incendió, se transformó en oro puro, creció rápidamente y echó ramas hojas y flores, convirtiéndose en árbol espléndido.

—Ya lo ves—dijo el ángel al crítico—Esto es lo que ha traído la anciana. ¿Traes tú algo?

El crítico inclinó la cabeza al reconocer que, en efecto, no llevaba nada.

—Ya sé que no traes nada, porque en toda

tu vida nada has producido, ni siquiera un mal ladrillo. ¡ Si pudieras volver a la tierra para hacer uno ! Ya sé que lo harías mal, pero sería una prueba de buena voluntad y ello es algo. Más, por desgracia tu vida terrenal ya terminó y nada puedes hacer ya. Ni siquiera yo puedo ayudarte.

—Si me atreviera—dijo la vieja al ángel—os rogaría que lo dejáseis entrar. Debo decir que su hermano fué quien me dió los ladrillos que me sirvieron para construir mi cabaña, con lo cual me hizo un favor inmenso. Tal vez, buen ángel, los trozos de ladrillo que me regaló su hermano, compensen el que él podría hacer ahora en la tierra. Hacedlo, buen ángel, ya que sin duda debéis de ser piadoso y clemente.

—Ya lo ves—dijo el ángel al crítico—el más humilde de tus hermanos, el que tú menospreciabas, había de ser el que te abriese las puertas de la gloria. Gracias a él no te rechazaremos y podrás permanecer aquí, junto a la puerta, meditando acerca del mal empleo que diste a tu vida en la tierra y buscando, al mismo tiempo, el modo de reparar tus faltas. De todas maneras no podrás entrar en el cielo hasta que en-

cuentres algo que compense tu carencia de buenas obras.

El crítico se calló, pero cuando las puertas del cielo se hubieron cerrado y se sintió seguro de que nadie podía oirlo, murmuró :

—Lo que acaba de decir ese ángel, podría haberlo expresado con mayor elegancia.

Y esta observación que retrataba de cuerpo entero su modo de ser y que, a primera vista pudiera indicar que era incorregible, demostraba sin embargo, que ya se había enmendado algo, pues en vez de decírselo descaradamente al ángel aguardó a que se alejara, para murmurarlo para sí, lo cual para un crítico ya es algo.

LA BUJIA Y LA VELA

UNA vez había una bujía de cera que estaba muy orgullosa de su nacimiento.

—Soy de cera—decía—las abejas me han amasado con el jugo de las más aromáticas flores y luego los hombres me hicieron con molde. Alumbro perfectamente y ninguna otra luz puede compararse conmigo. Estoy destinada a lucir en los candelabros o en las arañas de cristal o, por lo menos, en candeleros de plata.

—Verdaderamente estás destinada a una vida de lujo, lo reconozco—, le dijo la vela de sebo. Yo sé que soy pobre y vulgar. Me hicieron con grasa de carnero y no nací dentro de un molde como tú, sino que me han hecho cuajar alrededor de una mecha, pero, de todos modos, estoy contenta y resignada. Reconozco que

es más distinguido ser de cera que de sebo, pero ya sabes que nadie en el mundo puede escoger su nacimiento. Tú te ufanarás en la sala, en medio de la fiesta y de los invitados y a mí me meterán en la cocina, pero el lugar tampoco es despreciable, porque, al cabo, sin cocina no podría subsistir la casa. ¿Cómo comerían nuestros amos?

—Eso de comer es uno de los detalles más insignificantes de la vida—replicó la bujía—. Lo más importante es la vida de sociedad, las visitas, las fiestas. Eso es brillar y éste es el espectáculo que presenciare. Así, en el baile de esta noche, estaré en el salón con mis hermanas.

Efectivamente aquel día se dispusieron a utilizar todas las bujías de la casa, pero también cogieron la vela, a la que se dignó tocar con sus manos la dueña del palacio que era, nada menos, que condesa. La llevó a la cocina, donde esperaba un pobre niño con un cesto, que la dama mandó llenar de patatas, a lo que agregó una libra de manteca y algunas frutas.

—Todo eso se lo llevas a tu mamá—dijo la dama al niño—y, además le das esa vela. He

sabido que trabaja hasta horas avanzadas de la noche y creo que le será útil.

Entonces entró en la cocina la nieta de la dama, muy contenta porque aquella noche iba a acostarse tarde y, además, luciría un precioso traje. La vela que vió la alegría de la niña, murmuró :

—¡ Qué rostro tan alegre ! Nunca lo olvidare, pues seguramente, no veré cosa parecida.

Metieron la vela en el cesto y el niño se la llevó a casa con todo lo demás.

La vela estaba intrigada y deseosa de averiguar a dónde la llevaban. Temía ir a parar a una pobre casa en la que no hubiera ni un triste candelerero de hojalata, y pensaba que, mientras tanto, la bujía estaría brillando orgullosamente entre el oro y la plata, en el esplendor de la fiesta.

La vela fué llevada a una reducida habitación de la casa frontera al palacio de que acababa de salir. Vivía en ella una pobre viuda, que tenía tres hijos y al ver el regalo de la dama, exclamó muy alegre :

—¡ Dios bendiga a la generosa condesa ! ¡ Oh y qué magnífica vela ! Me vendrá muy bien,

pues, por lo menos, va a durar hasta media noche.

La encendieron y la vela chisporroteó, muy molesta por la mala calidad de los fósforos que usaban en la casa.

Al mismo tiempo encendieron las bujías en el palacio de enfrente y entonces empezaron a llegar carruajes al magnífico edificio, llevando a los convidados. Poco después empezó la brillante fiesta.

La vela se fijó en todo ello y recordó el alegre brillo de los ojos de la nietecita de la condesa, y con tristeza se dijo que no vería nunca más otra cosa tan agradable.

Entonces entró en la estancia la hija menor de la viuda, que era también una hermosa niña, y después de abrazar a sus hermanitos les dijo :

—¿A que no adivináis lo que tenemos esta noche para cenar? ¡ Patatas fritas con manteca !

La cara de los tres niños expresó extraordinaria alegría, de manera que la vela tuvo que confesar que no estaban más brillantes los ojos de la nietecita de la condesa, cuando expresaba su contento por asistir al baile, y creyó, natural-

mente que debía de ser importante cosa eso de comer patatas fritas con manteca.

Y, para probar su satisfacción, chisporroteó, pues las velas no tienen otro lenguaje ya para expresar su alegría o su enojo.

Pusieron sobre la mesa las patatas fritas. Aquello era un succulento festín. Para postre, cada niño comió una manzana y cuando terminaron la comida, la hermanita menor dió gracias a Dios por sus bondades.

La madre acostó a sus hijitos y después de hacerles rezar sus oraciones los besó en la frente. Luego se sentó junto al velador y trabajó hasta hora muy avanzada, alumbrada por la vela.

Mientras tanto en el palacio vecino continuaba la fiesta, pero en el cielo la luna derramaba su luz sobre pobres y ricos, sin hacer distinción alguna entre ellos.

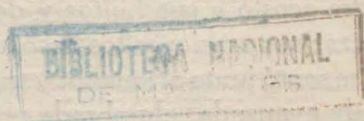
—La noche ha sido agradable—dijose la vela—y hasta llego a dudar que la bujía la haya psado mejor que yo. Daría cualquier cosa para saberlo antes de que me consuma por completo.

Al apagarse tuvo una visión. Se le aparecieron los ojos de las dos niñas, la rica y la pobre,

animadas del mismo resplandor, a pesar de que en los ojos de la primera se reflejaban los fulgores de numerosas bujías, y en los de la otra solamente la modesta luz de la humilde vela.

Y este es el fin de la historia.

FIN



AUTORES DANESSES
LITERATURA INFANTIL - CUENTO

LAS OBRAS MAESTRAS AL ALCANCE DE LOS NIÑOS

COLECCIÓN ARALUCE

Esta colección se compone de las obras más famosas en el mundo y cumple a maravilla el precepto de INSTRUIR DELEITANDO, contribuyendo, además, a formar el buen gusto de los jóvenes lectores.

OBRAS PUBLICADAS

Guillermo Tell.
Historias de Shakespeare.
Más historias de Shakespeare.
Los Héroes.
La Divina Comedia.
Historias de Hans Andersen.
Más historias de Andersen.
Historias de Wagner.
Viajes de Gulliver.
La Cabaña del tío Tomás.
Cuentos de Grimm.
Más Cuentos de Grimm.
Robinson Crusoe.
La Ilíada.
La Odisea.
La Eneida.
Historias de Calderón de la Barca.
Historias de Chaucer.

Don Quijote de la Mancha.
(2 tomos.)
Cántico de Navidad.
Yvanhoe.
Los Caballeros de la tabla redonda.
Cuentos de la Alhambra
La Infantina de Francia.
El Paraíso perdido.
Los Lusiadas.
La Gitanilla de Cervantes.
El lazarillo de Tormes.
Hazañas del Cid.
Historias de Lope de Vega.
Fábulas de Esopo.
La canción de Rolando.
Cuentos de Hoffmann.
Tradiciones Iberas.
La Araucana.
Historias de Moliere
Historias de Goethe.
Orlando, furioso.

BIBLIOTECA N.º
DE MAESTROS

num. 23845

LIT. INF. CIE. N.º

LIT. INF. CIE. N.º

INF. CIE. N.º

